

Estudios Celtibéricos

1. Mariví Gomis Justo, *Las Acuñaciones de la Ciudad Celtibérica de Segeda / sekaiza*, 2001.

2. Francisco Burillo Mozota (ed.), *Segeda y su contexto histórico. Entre Catón y Nobilior (195 al 153)*, 2006.

3. Francisco Burillo Mozota (ed.), *V Simposio sobre Celtíberos - Gestión y Desarrollo*, 2007.

4. M.ª Luisa Cerdeño y Teresa Sagardoy, *La Necrópolis de Herrería III y IV (Herrería, Guadalajara)*, 2007.

5. Manuel Gozalbes Fernández de Palencia, *La ceca de Turiazu. Monedas celtibéricas en la Hispania republicana*, 2009.

6. Francisco Burillo Mozota (ed.), *VI Simposio sobre Celtíberos - Ritos y Mitos*, 2010.

Estudios Celtibéricos - 6



EC
6

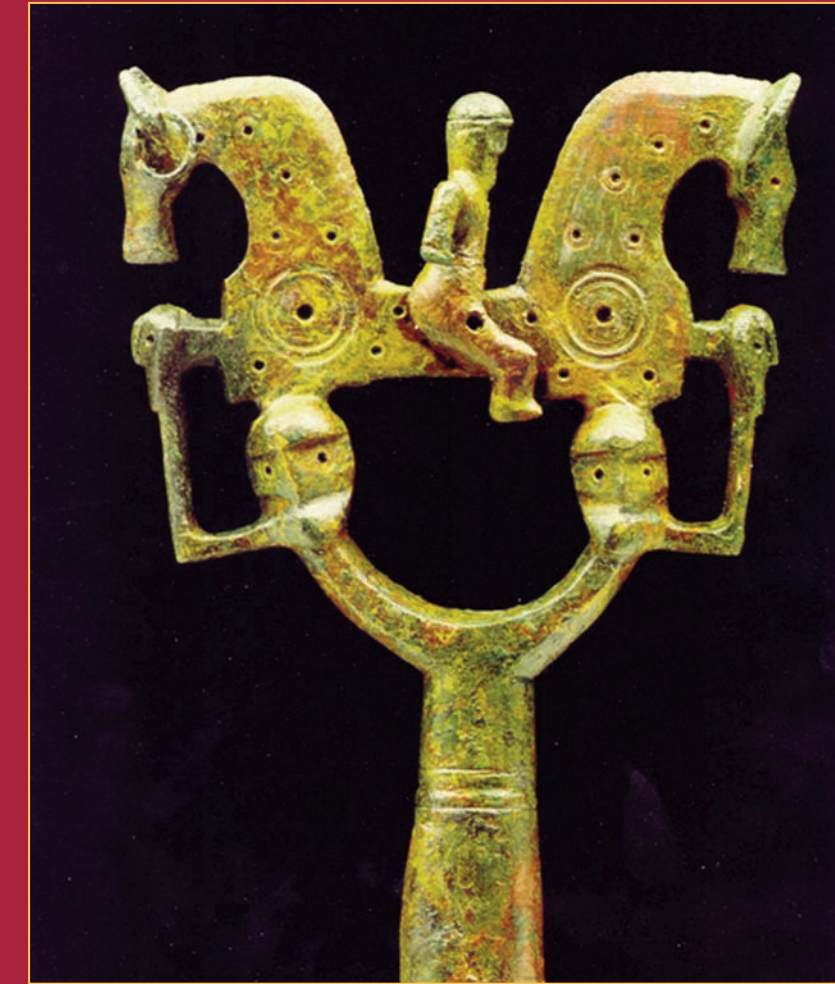
Francisco Burillo Mozota (Ed.)

VI Simposio sobre Celtíberos: Ritos y Mitos

VI SIMPOSIO SOBRE CELTIBEROS

RITOS Y MITOS

Francisco Burillo Mozota (Ed.)



Daroca (Zaragoza), 27-29 de noviembre de 2008

Fundación Segeda - Centro de Estudios Celtibéricos

Los **Simposia sobre los Celtíberos** surgen en Daroca en el año 1984 bajo la coordinación de Dr. Francisco Burillo Mozota para reunir a los especialistas sobre los celtíberos y debatir sobre diferentes temas de investigación. Hasta el presente se han celebrado cinco: El primero dedicado a *Aspectos generales de los celtíberos*; el segundo a las *Ne-crópolis*; el tercero al *Poblamiento*; el cuarto a la *Economía*; el quinto a la *Gestión del patrimonio celtibérico*.

El **VI Simposio sobre los Celtíberos**, bajo el lema de *Ritos y Mitos*, se ha centrado sobre uno de los aspectos más atrayentes de los celtíberos, el de la ritualidad y religiosidad. Los temas a tratar, encabezados por las ponencias, han sido: el *hospitium*; los símbolos de poder; la interpretación de su iconografía; la ritualidad del vino; las deidades, espacios sacros y el problema del sacerdocio; los no menos controvertidos rituales de sangre y cabezas cortadas; la ideología de la muerte y el ritual funerario. Se ha querido también analizar la religión celtibérica desde la perspectiva de dos horizontes: el del mundo céltico, con el que frecuentemente se buscan relaciones y analogías, y el ibérico, normalmente olvidado. Así mismo, se acoge un tema tan espinoso, pero no menos interesante, como el de la pervivencia de los rituales en épocas históricas y en la actualidad.

VI Simposio sobre Celtiberos

Ritos y Mitos

Francisco Burillo Mozota (Ed.)

Fundación Segeda - Centro Celtibérico

Publicación nº 6 de los Estudios Celtibéricos

Publicación número 49 del Centro de Estudios Darocenses
C/ Mayor (Puerta Baja) - 50360 DAROCA (Zaragoza)
Teléfono: 976 800 540 – e-mail: daroca@ifc.dpz.es

Publicación número 2.959 de la Institución “Fernando el Católico”
(Organismo autónomo de la Excma. Diputación de Zaragoza)
Plaza de España, 2 – 50071 Zaragoza (España)
Tel. [34] 976 288 878 / 9 – Fax [34] 976 288 869
e-mail: ifc@dpz.es

El *VI Simposio sobre Celtiberos: Ritos y Mitos* ha sido posible gracias al apoyo de las siguientes instituciones: Proyecto I+D HAR2008-04118/HIST financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación y los fondos FEDER; Ministerio de Educación y Ciencia; Gobierno de Aragón (Dirección General de Investigación, Innovación y Desarrollo del Departamento de Ciencia, Tecnología e Innovación y Dirección General de Patrimonio Cultural del Departamento de Educación, Cultura y Deporte), Universidad de Zaragoza, Grupo de Excelencia *Hiberus*, Fundación Universitaria Antonio Gargallo, Fundación para el Desarrollo Campo de Daroca, Comarca Campo de Daroca, Ayuntamiento de Daroca, Centro de Estudios Darocenses, Institución Fernando el Católico y Adri Jiloca Gallocanta.

FICHA CATALOGRÁFICA

BURILLO MOZOTA, Francisco (Ed.)

VI Simposio sobre Celtiberos: Ritos y Mitos. Actas

pp. 628; il. color 28; 29 cm.

I.S.B.N.: 978-84-613-7726-8

1. Historia Antigua

1. Civilización Celtibérica. 2. Congresos y Asambleas.

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático.

© de los autores

© de la presente edición Centro de Estudios Celtibéricos de Segeda - Fundación Segeda

I.S.B.N.: 978-84-613-7726-8

Depósito Legal: Z-14-10

COMPOSICION DE TEXTOS Y MAQUETACION: AREBASIKO S.L. M.ª Ascensión Cano Díaz

EDITA: Centro de Estudios Celtibéricos de Segeda

IMPRIME: COMETA S.A. - Ctra. Castellón, km. 3,4 - ZARAGOZA

INDICE

	<i>pág.</i>
DIOSES, ESPACIOS SACROS Y SACERDOTES	
1. Dioses, espacios sacros y sacerdotes. F. MARCO	11
2. La divinidad celeste de los celtíberos: estética y mitos. R. ABAD	27
3. Elementos de ritualidad y espacios sacros en el reborde suroriental del territorio vacceo y zonas limítrofes celtibéricas. J. BARRIO y J. FCO. BLANCO	35
4. Prácticas rituales, comensalidad e ideología en un espacio de transición. Ámbitos diferenciales en la Terra Alta-Matarraña (s.VII-VI a. C.). L. FATÁS, S. SARDÁ y R. GRAELLS	45
5. Cultos, rituales y símbolos, en el ámbito protohistórico del territorio alavés. A. LLANOS	57
6. DEBATE DIOSES, ESPACIOS SACROS Y SACERDOTES I	63
7. Tesoros de plata en el ámbito celtibérico ¿función votiva, depósitos de platero o dinero fraccionario? M. BARRIL	73
8. Sobre la identificación de entornos religiosos en el horizonte prerromano celtibérico. J. ARENAS	87
9. Algunos elementos religiosos en la Celtiberia Meridional (Provincia de Cuenca). E. GOZALBES	103
10. Campo Lameiro y Peñalba de Villastar: miradas cruzadas sobre lugares de culto prerromanos peninsulares y su romanización. M. V. GARCÍA y A. CÉSAR GONZÁLEZ	113
11. La ley del 1 ^{er} Bronce de Botorríta: uso agropecuario de un encinar sagrado. P. DE BERNARDO	123
12. DEBATE DIOSES, ESPACIOS SACROS Y SACERDOTES II	147
LOS SÍMBOLOS DE PODER	
13. El <i>Heros Ktistes</i> y los símbolos de poder de la Hispania prerromana. M. ALMAGRO-GORBEA y A. LORRIO	157
14. DEBATE LOS SÍMBOLOS DE PODER	183
LA RELIGIÓN CELTIBÉRICA DESDE LA RELIGIÓN CÉLTICA	
15. La religión celtibérica desde la religión céltica. M. ALDHOUSE-GREEN	189
16. Mujer, épica y mitos entre los celtíberos. M. SALINAS	205
17. DEBATE LA RELIGIÓN CELTIBÉRICA DESDE LA RELIGIÓN CÉLTICA	213
RITOS DE SANGRE	
18. Ritos de sangre. Sacrificios cruentos en los ámbitos celtibérico y vacceo. S. ALFAYE	219
19. DEBATE RITOS DE SANGRE	239
LA IDEOLOGÍA DE LA MUERTE	
20. La ideología de la muerte en el ámbito celtibérico. Evidencias rituales y nuevas perspectivas. G. SOPEÑA	245
EL HOSPITIUM	
21. El <i>Hospitium</i> celtibérico. F. BELTRAN	273
22. Nueva tésera hallada en Muro (Soria) y la posible ubicación de "AreKoraTa". A. JIMENO, J. P. BENITO, A. SANZ y C. TABERNERO	291
23. Técnicas de fabricación de las téseras de hospitalidad celtibéricas. I. SIMÓN	299
24. DEBATE EL <i>HOSPITIUM</i>	309

EL RITUAL FUNERARIO**ALTO TAJO Y VALLE DEL EBRO**

25. Veinte años después: El ritual funerario de los Celtíberos del Alto Tajo-Alto Jalón. M.^a L. CERDEÑO 315
26. Ritos de comensalidad y delimitación del espacio funerario en la necrópolis de Herrería IV (Guadalajara). T. SAGARDOY y M. CHORDA 331
27. La Necrópolis Tumular de Sant Joaquin de la Menarella de Forcall, comarca Dels Ports (Castellón). A. BARRACHINA, D. VIZCAÍNO, A. VICIACH, R. PÉREZ, B. AGUSTÍ, N. ARQUER, A. SANCHÍS, F. J. HERNÁNDEZ y C. TORMO 341
28. Uso y significado de materiales mediterráneos en algunas tumbas del Bajo Aragón (s.VII-VI a. C.): reflexiones sobre un sistema complejo. R. GRAELLS, L. FATÁS y S. SARDÁ 351
29. DEBATE EL RITUAL FUNERARIO: ALTO TAJO Y VALLE DEL EBRO 363

VALLE DEL DUERO

30. Ritos Funerarios y Mitos Astrales en las necrópolis celtibéricas del Alto Duero. A. JIMENO, J. I. DE LA TORRE y A. CHAIN 369
31. El registro funerario celtibérico en el norte de Soria. C. TABERNERO, A. SANZ ARAGONÉS y J. P. BENITO 391
32. Mujeres, rango social y herencia en la necrópolis vaccea de Las Ruedas, Pintia (Padilla de Duero/Peñañiel, Valladolid). C. SANZ y F. ROMERO 403
33. Rito y estructura social en la necrópolis de La Osera (Chamartín, Ávila). I. BAQUEDANO y C. MARTÍN 421
34. Inhumaciones Infantiles en el centro peninsular durante la Protohistoria. Una revisión teórica y algunas novedades. I. BAQUEDANO, A. TORIJA y M. CRUZ 433
35. DEBATE EL RITUAL FUNERARIO: VALLE DEL DUERO 445

IMÁGENES

36. Imágenes del ritual e imágenes en el ritual en Celtiberia. S. ALFAYE y G. SOPEÑA 455
37. Doble espiral y eses en serie: símbolos gráficos de 'cadencia' en las culturas ibérica y celtibérica. J. M. PASTOR 473
38. Caballos y discos solares en la iconografía numantina. Una aproximación a la cosmología y ritualidad celtibérica. P. BURILLO y F. BURILLO 485
39. La decoración arboriforme en el entorno de Arcobriga. A. GONZALO 499
40. La iconografía celtibérica vista desde la iconografía ibérica del Valle del Ebro. I. GARCÉS 507
41. DEBATE IMÁGENES DEL RITUAL E IMÁGENES EN EL RITUAL 517

LA PERVIVENCIA DE LEYENDAS Y RITUALES

42. Le Trésor et la Clef: de la mythologie celtique au folklore de l'or caché dans les traditions ibériques. F. DELPECH 523
43. El "Calendario Celta" como fuente para el estudio de la Cultura Céltica. Arqueoastronomía y etnohistoria. J. MEJUTO y J. F. TORRES-MARTÍNEZ 541
44. La sacralidad y los ritos circumambulatorios en la Hispania Céltica a través de las tradiciones populares. P. R. MOYA 553
45. Un ritual de iniciación en el solsticio de verano en Cabolafuente (Zaragoza). F. MARCO 563
46. DEBATE PERVIVENCIA DE LEYENDAS Y RITUALES 567

VINO Y RITUAL EN LA CELTIBERIA

47. Vino y ritual en la Celtiberia. F. BURILLO 573
48. El vino en Pintia: nuevos datos y lecturas. C. SANZ, F. ROMERO y C. GORRIZ 595
49. DEBATE VINO Y RITUAL EN LA CELTIBERIA 613

EL VINO EN PINTIA: NUEVOS DATOS Y LECTURAS

Carlos Sanz Mínguez*, Fernando Romero Carnicero* y Cristina Górriz Gañan*

RESUMEN

En 2003 se publicaban los primeros resultados de analíticas de residuos de vasijas de la necrópolis de Las Ruedas de Pintia (Padilla de Duero/Peñañiel, Valladolid), constatándose cómo el vino se consumía entre los vacceos de este oppidum ya en el siglo IV a.C. En este trabajo se presentan los resultados de nuevos análisis practicados, no sólo a piezas recuperadas en contextos funerarios, sino también a otras obtenidas en ambientes domésticos de época sertoriana del poblado de Las Quintanas de Pintia. Además, se ofrece su contextualización, al objeto de poder mostrar el repertorio de vasijas características del ajuar del banquete en el mundo vacceo y se procede a una nueva lectura del trinomio "copas, vino y guerreros" definido en Pintia hace unos años, pues mujeres y niños de alta condición social sabemos ahora que disfrutaron de este preciado líquido, siquiera fuera en su viaje al Más Allá.

ABSTRACT

The results of the first residue analyses of vessels from the cemetery of Las Ruedas in Pintia (Padilla de Duero/Peñañiel, Valladolid), published in 2003, confirmed to us that wine was consumed by the Vaccaean people of this oppidum in the 4th Century BC. This article presents the results of further analyses taken from vessels recovered from the same cemetery, and from others found in Sertorian period domestic locations in the city of Las Quintanas, also in Pintia. In addition the wider context is presented, in order to be able to show the collection of vessels that characterise the banquet equipment of the Vaccaean world. It is suggested that the "cups, wine and warriors" mantra defined in Pintia some years ago requires a new interpretation, as we now know that women and children of high social status also enjoyed this valued beverage, at least in the journey to the afterlife.

PALABRAS CLAVE

Vino, banquete, segunda Edad del Hierro, Vacceos, valle del Duero.

KEY WORDS

Wine, banquet, second Iron Age, Vaccaean, Duero valley.

Los trabajos que desde hace más de media docena de lustros se vienen desarrollando en Pintia (Padilla de Duero/Peñañiel, Valladolid) se han visto potenciados en los últimos años tras su declaración como Bien de Interés Cultural, bajo la figura de Zona Arqueológica, por la Junta de Castilla y León, en 1993, y la posterior creación del Centro de Estudios Vacceos "Federico Wattenberg" de la Universidad de Valladolid e inauguración de su sede en Padilla de Duero, en 2001 (Sanz Mínguez *et alii* 2003a; Sanz, Velasco y Garrido 2007). En este sentido, la constatación, a partir de la analítica de residuos, de que algunos vasos de los recuperados en el cementerio pintiano de Las Ruedas hubieran podido contener vino, constituyó el oportuno aliciente para abrir, dentro del Proyecto Pintia, una nueva línea de investigación sobre la Arqueología del Vino; una orientación que cuenta ya con precedentes en nuestro país y que ha quedado plasmada en diversas publicaciones, entre las que destacaremos aquellas que son resultado de la celebración de diversos congresos y reuniones científicas (Celestino 1995 y 1999; Actes 1987 y 1998; Maldonado y Ramos 2000; Maldonado 2001).

LA ZONA ARQUEOLÓGICA PINTIA

La Zona Arqueológica Pintia comprende una superficie, de ciento veinticinco hectáreas, que integra los distintos yacimientos o áreas funcionales que en su día constituyeron el oppidum de Pintia (Sanz Mínguez *et alii* 2003b; Sanz Mínguez y Romero 2005 y 2007): la ciudad propiamente dicha, el cementerio vacceo-romano y su *ustrinum* y un posible santuario, detectado por el momento a partir de la fotografía aérea, espacios todos ellos situados en la margen izquierda del Duero; además, en la orilla opuesta y en término ya de Pesquera de Duero, se encuentra el barrio artesanal de Carralaceña, dedicado por lo que sabemos a la producción cerámica, del que conocemos los alfares y queda constatado que

Este trabajo se ha desarrollado en el marco del Proyecto de Investigación de I+D+i (2004-2007) *Vacceos: identidad y arqueología de una etnia prerromana en el valle del Duero* (HUM2006-06527/HIST), de la Dirección General de Investigación del Ministerio de Educación y Ciencia.

* Departamento de Prehistoria, Arqueología, Antropología Social y Ciencias y Técnicas Historiográficas. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Valladolid

contaba con su correspondiente área residencial y cementerio propio. De todos ellos nos interesan aquí el poblado de Las Quintanas y la necrópolis de Las Ruedas, pues de ellos proceden los materiales arqueológicos que dan pie a este trabajo.

Las excavaciones llevadas a cabo en la ciudad de Las Quintanas han permitido identificar tres horizontes culturales: tardorromano/visigodo, romano y vacceo. Se corresponde el primero de ellos con un cementerio de inhumación, del que se han exhumado un centenar de tumbas, fechado entre los siglos IV y VII d. C. (Velasco, Sanz y Centeno 2003). Bajo el mismo se extienden los estratos de habitación romanos y aún los indígenas vacceos, de los que hasta la fecha se han excavado el de época preaugustea y el sertoriano, correspondiendo a este último los materiales de que daremos cuenta más adelante; todos ellos fosilizan todavía, por lo que ha podido apreciarse al vaciar un pozo de más de cuatro metros de profundidad excavado en el siglo II d.C., otros cinco niveles, por lo que suponemos que, de corresponderse la vida del poblado con la de la necrópolis de Las Ruedas, el inferior de todos ellos pudiera remontarse a un momento de finales del siglo V o inicios del IV a. C. (Centeno *et alii* 2003).

Trescientos metros al sur de la ciudad de Las Quintanas, y separada de ella por el arroyo de La Vega, se localiza la necrópolis de incineración de Las Ruedas; en la misma se llevan excavadas hasta la fecha un centenar y medio largo de tumbas, de las cuales sesenta y seis han sido publicadas (Sanz Mínguez 1997). Su vida, iniciada entre las fechas antes apuntadas, se prolongó hasta finales del siglo I d. C.

PRIMEROS DATOS SOBRE LA VAJILLA PARA EL CONSUMO DE BEBIDAS ALCOHÓLICAS EN EL CEMENTERIO DE LAS RUEDAS

De este último enclave proceden seis vasos pintianos, cuyos residuos han sido analizados, que contuvieron bebidas alcohólicas –vino y cerveza–; sumamos a ellos un séptimo, recuperado en la tumba 1 de la necrópolis del barrio artesanal de Carralaceña; los resultados de estos análisis fueron publicados hace unos años (Sanz Mínguez *et alii* 2003c; Juan i Tresserras y Matamala 2003) y se recogen aquí en la Tabla I.

Como puede apreciarse las tres primeras muestras que ofrecieron restos asociables al vino fueron extraídas de otras tantas copas. La prime-

N.º muestra	Procedencia	Vaso	Indicadores	Posible interpretación
1 (16)	Las Ruedas Tumba 18	Copa hecha a torno (N.º Inv.: LR18B)	Ácido cerótico, glucosa, tartratos	Vino o vinagre amielado
2 (32)	Las Ruedas Tumba 30	Copa hecha a torno (N.º Inv.: LR30D)	Tartratos	Vino o vinagre
3 (39)	Las Ruedas Tumba 34	Copa hecha a torno (N.º Inv.: LR34A)	Tartratos	Vino o vinagre
4 (1)	Las Ruedas Tumba 68	Vaso de vidrio (N.º Inv.: LR68F)	Pólenes (<i>Pinus</i> , <i>Rosaceae</i>), tartratos (vino o vinagre), ácidos grasos (especialmente ácido oleico), ésteres de cera de abeja	Ungüento aromático
5 (55)	Las Ruedas Tumba 38	Vaso compuesto por tres trípodes unidos, hecho a mano (N.º Inv.: LR38M)	Granos de almidón tipo <i>Triticeae</i> , algunos de ellos con evidencias de gelatinización y alteraciones producidas por el ataque enzimático. Presencia de dos esqueletos silíceos (<i>Hordeum vulgare</i> L.), oxalato y levaduras	Restos de sedimento de cerveza
6 (76)	Las Ruedas Tumba 50	<i>Kernos</i> hecho a torno (N.º Inv.: LR50V)	Granos de almidón tipo <i>Triticeae</i> , algunos de ellos con evidencias de gelatinización y alteraciones producidas por el ataque enzimático. Presencia de dos esqueletos silíceos (<i>Hordeum vulgare</i> L.), oxalato y levaduras. Presencia de hiosciamina (solanáceas)	Restos de sedimento de cerveza
7 (1)	Carralaceña Tumba 1	<i>Kernos</i> hecho a torno (N.º Inv.: C1F)	Granos de almidón tipo <i>Triticeae</i> , algunos de ellos con evidencias de gelatinización y alteraciones producidas por el ataque enzimático. Presencia de dos esqueletos silíceos (<i>Hordeum vulgare</i> L.), oxalato y levaduras	Restos de sedimento de cerveza

Tabla I. A partir de Juan i Tresserras y Matamala, 2003, pp. 314-316 y 318; la cifra que figura entre paréntesis en la columna de la izquierda remite al número de la muestra en la publicación de referencia.

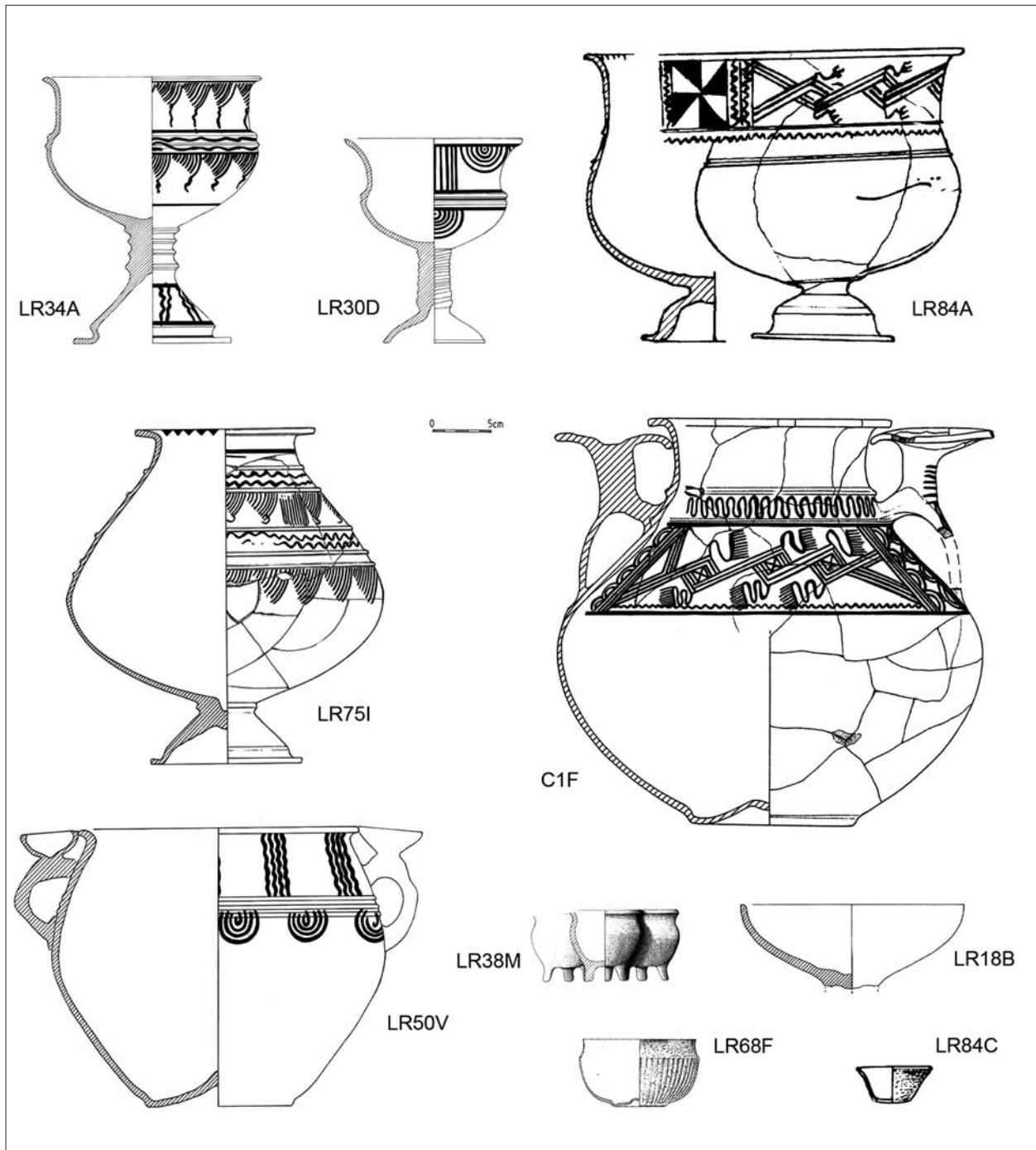


Fig. 1. Recipientes de las necrópolis de Las Ruedas (LR) y Carralaceña (C) de *Pintia* que han proporcionado evidencias de bebidas alcohólicas tras el análisis de sus residuos.

ra de ellas, un ejemplar cuenquiforme hecho a torno del que no se ha conservado el fuste, formaba parte de las ofrendas de la tumba 18, correspondiente probablemente a una mujer de entre treinta y cuarenta años, de tener en cuenta el análisis de sus restos óseos (Sanz Mínguez 1997, 64, figs. 45 y 46), aunque el hecho de que se acompañara de restos de una *caetra* ha llevado a suponer perteneciera en realidad a un hombre (Sanz Mínguez *et alii* 2003c, 158-159 y 494,

figs. 6 y 7); fechada en la primera mitad del siglo IV a. C. o poco después, se ha incluido en el rango de tumbas con armas que no simbolizan autoridad (Sanz Mínguez 1997, 468-471 y 498-501, fig. 244).

En la tumba 30, doble sincrónica, fueron enterrados un varón de entre cuarenta y cincuenta años (30a) y una mujer de dieciocho-veinte (30b); el ajuar del primero, con una panoplia guerrera bastante completa, se incluye en el mismo

rango que el de la sepultura descrita anteriormente, en tanto que el de la mujer se adscribe al de tumbas ricas en cerámica que guardan relación de parentesco con los hombres de dicho rango; cronológicamente se sitúa a caballo entre las fases II y III del cementerio, lo que permite datarla en un momento avanzado del siglo IV a. C. o a comienzos del III (Sanz Mínguez 1997, 79-83, 473 y 501, figs. 70-73 y 245-246, fot. VII; Sanz Mínguez *et alii* 2003c, 159-162, figs. 8-10). La muestra analizada se extrajo de una fina copa caliciforme hecha a torno, con alto fuste estriado y decorada con pinturas geométricas en negro, integrante del ajuar femenino.

Habremos de referirnos en tercer lugar a la copa recuperada en la tumba 34, un magnífico ejemplar hecho a torno y caliciforme también, de bellas proporciones, cuyo fuste se muestra moldurado en tanto que el cuerpo y la peana se decoran con motivos geométricos pintados en negro. La urna acogía los restos óseos de un hombre, de entre cincuenta y sesenta años, de idéntico rango social que los anteriores, que debió fallecer entre mediados del siglo III y un momento análogo del II a. C. (Sanz Mínguez 1997, 90-92, 473-474 y 501, figs. 82-83 y 245, fot. X; Sanz Mínguez *et alii* 2003c, 162, figs. 11 y 12).

De entender, a la vista de lo comentado hasta aquí, que las copas, en sus distintas variantes formales –aunque en su mayor parte de las 5 y 6 de la forma VII (Sanz Mínguez 1997, 287-289, fig. 211)–, fueron el contenedor habitualmente empleado para el consumo del vino, podríamos detenernos en otras doce tumbas más y señalar que algunas de ellas –caso de las sepulturas números 37, 38 y 46– incluían más de un ejemplar. Comenzaremos señalando en relación con las mismas (Sanz Mínguez 1997, 65-113) que, en su mayor parte, corresponden a varones y, en concreto, a guerreros –tumbas números 20a, 28, 32, 35, 36, 38, 39, 42 y 44–, pues, tal y como recordábamos al hablar de la tumba 18, aquellas atribuidas con carácter "probable" a mujeres, pero que contaban en sus ajuares con armas o restos de ellas, fueron en su día definitivamente identificadas como tumbas de guerreros; tal es el caso de las números 32 y 36 (Sanz Mínguez 1997, 494). Los más de ellos contaban entre treinta y cuarenta años en el momento de su muerte –32, 35, 36, 38 y 42–; entre cuarenta y cincuenta años tenía el individuo de la sepultura 20a y entre cincuenta y sesenta el de la 44; por último, eran sexagenarios los enterrados en las tumbas 28 y 39 (Reverte 1997, 532-541). De estos nueve guerreros, siete disponían, al igual que los que comentamos anteriormente, de ajuares con armas que no simbolizan autoridad y tan solo dos –28 y 32– de ajuares suntuarios, con elementos de importación y símbolos de autoridad, razón por la cual se les ha considerado jefes

o miembros de la aristocracia guerrera (Sanz Mínguez 1997, 498-501, figs. 244 y 245). Y aún cabría sumar a las tumbas a que venimos refiriéndonos la 46, correspondiente a un hombre de entre cuarenta y cincuenta años, de contemplar que los elementos metálicos que contenía, entre los que destaca un cuchillito de hierro, pudieran asimilarse al ajuar de un guerrero, haciéndole acreedor del rango social más común entre tales (Sanz Mínguez 1997, 501). De tener presentes, por último, algunas de las tumbas recientemente excavadas, cabe traer a colación las inventariadas con los números 76 y 107, pues ambas acogieron también a varones de condición guerrera; la primera de ellas contaba con dos copas (Garrido y Gallardo 2003, 291; Sanz Mínguez y Romero 2005, 46-47) y con una la segunda, correspondiente a un joven de apenas veinte años (Sanz Mínguez y Garrido 2007a, 89, fig. p. 88). No es de extrañar, a la vista de lo expuesto hasta aquí, que se haya establecido como trinomio característico del cementerio de Las Ruedas el de: copas, vino y guerreros (Sanz Mínguez *et alii* 2003c, 158).

Cuatro tumbas más merecen, para finalizar, alguna consideración. En primer lugar la 20, una tumba doble, al igual que la ya analizada número 30, en la que junto a un varón que, como queda dicho, contaba con entre cuarenta y cincuenta años, se enterró a una mujer de edad parecida; por desgracia, en esta ocasión y dado lo alterado del depósito, ha sido imposible diferenciar los ajuares y, por tanto, determinar a cuál de ellos pertenecía la copa (Sanz Mínguez 1997, 497), aunque habida cuenta su ubicación podría sospecharse que, al igual que en el caso de la aludida, formara parte del femenino (20b). Menos problemática parece la adscripción a mujeres, ambas de edades comprendidas entre treinta y cuarenta años y asimiladas por sus ajuares en términos de parentesco a los guerreros de rango más habitual (Sanz Mínguez 1997, 501-503, fig. 246), de las copas exhumadas en las tumbas 37 y 40; a destacar, en el caso de la primera, que incluyera también una jarra de pico de cuerpo abombado o bitroncocónico, una forma –XIV2 de Las Ruedas– que, por asociación al mundo clásico –*oinochoe*– y su persistente tradición local hasta hoy mismo, se asocia al vino y que, en este caso, permite vincular el enterramiento a la fase III del cementerio y fecharlo entre mediados del siglo III y principios del II a. C. (Sanz Mínguez 1997, 293-294 y 473-474). No menos interesante es el caso de la tumba 98, doble, una vez más, y de una mujer de entre veinte y cuarenta años y un neonato, en esta ocasión, lo que quizá explique la duplicidad de media docena de formas cerámicas, entre las que se cuentan la copa y la jarra de pico (Sanz Mínguez y Garrido 2007b); de las dos copas, una de ellas, la de mayor tamaño, es un ejemplar de la variante 6 de la forma VII de

Las Ruedas, al igual que muchas de las comentadas hasta aquí, en tanto que la segunda ha de asimilarse a la variante 2 o "mortero", bien conocida en Numancia, como se señaló en su día (Sanz Mínguez 1997, 287-288), donde, por considerarse imitación de otras campanienses, se ha fechado entre finales del siglo II e inicios del I a. C. (Wattenberg 1963, 43, tablas XXII-XXIII); dicha cronología no se desdice con la propuesta para las jarras, ya que, aunque una de ellas pueda asociarse a la variante 4 de la forma XIV, mal conocida hasta ahora en Las Ruedas, la otra corresponde a la variante 3, supuestamente evolucionada de la 2, que veíamos representada líneas arriba en la tumba 37, si bien ambas, XIV2 y 3, de atenernos a los datos proporcionados por los materiales recuperados en posición secundaria, conviven en el cementerio pintiano en época sertoriana (Sanz Mínguez 1997, 293-294).

Estos últimos datos permiten entrever cómo las mujeres, o al menos aquellas vinculadas a hombres de un cierto estatus social, caso de los guerreros, parecen haber disfrutado también, entre los vacceos, de ciertos privilegios como el del acceso al consumo del vino o, cuando menos, de su compañía en el viaje al Más Allá; ello, de tener en cuenta además la tumba 98, podría hacerse extensivo al caso de los niños.

Señalaremos finalmente cómo todas estas tumbas a que acabamos de referirnos, y al igual que las inicialmente descritas, se distribuyen entre las fases I y IV del cementerio de Las Ruedas y se fechan, en virtud de ello, entre el siglo IV y mediados del I a. C. (Sanz Mínguez 1997, 468-475).

Si nos fijamos ahora en la muestra número 4, y pese a que en principio se señalara la posibilidad de que el cuenco de vidrio de costillas aparecido en la tumba 68 hubiera contenido un ungüento aromático (Juan i Tresserras y Matamala 2003, 314, muestra 19), la presencia en la misma, además de los pólenes de rosáceas, de restos de tartratos y ésteres de cera de abeja dan pie a sospechar que en realidad contuviera un vino amielado y aromatizado (Sanz Mínguez 2002; Sanz Mínguez *et alii* 2003c, 171; Garrido y Gallardo 2003, 293; Sanz Mínguez y Romero 2005, 50-51). Esta sepultura, que pudo corresponder al igual que las anteriores a un guerrero, se data en época julio-claudia (Sanz Mínguez *et alii* 2003d, 207-212, figs. 7-9; 2006, 73-75, figs. 7-9).

Este último testimonio creemos que merece, por lo que aquí nos trae, un par de consideraciones. En primer lugar, pudiera evidenciar un nuevo gusto, "a la romana", en la forma del consumo del vino, pues es la primera ocasión en que este se manifiesta aromatizado y no sólo amielado, una forma esta última que ya habíamos constatado en la copa de la tumba 18 y que nos per-

mite remontarnos, como vimos, a la primera mitad del siglo IV a. C. Por otro lado, parece poner de manifiesto un cambio en la vajilla vinculada a la bebida, algo que, de atenernos al ajuar de una nueva tumba, la 56, podría haberse operado ya con anterioridad, en época augustea y, más concretamente, en los últimos momentos del siglo I a. C. (Sanz Mínguez *et alii* 2003c, 171). En efecto, dicha tumba –correspondiente a un varón de entre treinta y cuarenta años, del mismo rango social que la mayoría de los hasta aquí comentados, aunque posiblemente destacado entre ellos, pues cuenta en su ajuar con una cama de arreo de caballo– incluía un cubilete de paredes finas que suponemos debió estar destinado a la bebida del vino, máxime cuando en la misma tumba comparecían también dos jarras de pico, de cuerpo cilíndrico en esta ocasión (Sanz Mínguez 1993, 390-396, fig. 6, láms. 3 y 4; 1997, 129-131 y 501, figs. 131-132 y 245, fot. XXIII).

Y aún habremos de detenernos, previamente a exponer los resultados de los más recientes análisis de residuos de vasos pintianos, a comentar los de otras tres piezas recogidos también en la Tabla I, por más que denuncien el consumo de cerveza en lugar de vino.

La muestra número 5 se obtuvo de un vaso hecho a mano y compuesto por tres trípodes, tangencialmente dispuestos y unidos entre sí por pellitas de barro, que integraba el ajuar de la tumba 38, a la que ya tuvimos ocasión de referirnos con anterioridad al hablar de las copas (Sanz Mínguez 1997, 96-100, 473-474 y 501, figs. 90-92 y 245, fot. XIV). La tumba 50, es una sepultura doble sincrónica en la que fueron enterrados dos varones, correspondiendo la pieza de la que se extrajo la muestra 6, un gran *kernos* hecho a torno, que contenía varios huesos de *Capra hircus*, a la más septentrional de las dos, la 50b (Sanz Mínguez 1997, 117-122, 473-474, 497 y 501-503, figs. 116-119 y 446, fots. XX y XXI); a destacar en esta ocasión la presencia en el sedimento de hiosciamina, un alcaloide muy tóxico característico de ciertas solanáceas, posiblemente beleño –y quizá beleño negro (*Hyoscyamus niger*), al ser este muy abundante en la región septentrional de la península Ibérica–, cuyo consumo, atestiguado con cerveza e hidromiel entre las tribus germánicas, resulta sedante en dosis pequeñas en tanto que al aumentar las mismas es psicotrópico, provocando visiones y alucinaciones gustativas, olfativas y táctiles (Guerra 2006, 361-362, 380-382 y 426-428, figs. 75 y 76). Se trata en ambos casos de hombres de condición guerrera e idéntico rango social que la mayoría de los comentados; tenían entre treinta y cuarenta años, aconteciendo la muerte del primero entre los comedios del siglo III y los del II a. C. y en la plenitud de este último la del segundo; una y otra se encuadran, en cualquier caso, en la fase III de la necrópolis.

Finalmente, la muestra número 7 procede asimismo de un gran *kernos* hecho a torno, aunque procedente ahora del cementerio pintiano del barrio artesanal de Carralaceña, donde formaba parte del ajuar de la tumba 1; dicha sepultura, que carecía de restos óseos, como acontece en Las Ruedas y otras necrópolis vacceas de finales de la Edad del Hierro, debió de corresponder a un destacado alfarero, cuya muerte cabe fijar a comienzos del siglo I a. C. (Sanz Mínguez Gómez y Arranz 1993, 130-132, 134-138 y 144-145, figs. 1 y 6).

De suponer, al igual que hicimos antes con las copas y las jarras de pico en relación con el vino, que los *kernoi* estuvieron asociados al consumo de cerveza, habríamos de traer a colación ahora algunas otras tumbas más de Las Ruedas. En efecto, un nuevo ejemplar procede de la tumba 56, a la que tuvimos ocasión de referirnos líneas arriba por contar también con un cubilete de paredes finas y dos jarras que vinculamos al consumo del vino (Sanz Mínguez 1993, 391-393, fig. 6-7; 1997, 129-131, fig. 132-D); aunque fabricado a torno al igual que los anteriores, presenta una serie de rasgos que evidencian, por un lado, su cronología augustea –tres asas-soporte con cazoletas transformadas en discos planos, de las cuales penden otras tantas anillas cerámicas, y profusa decoración pintada– y, por otro, caso de su menor tamaño, la posibilidad de que estos recipientes hubieran perdido su función original en fecha tardía (Sanz Mínguez 1997, 294-295, fig. 211-XV).

Esta curiosa forma está representada también en Las Ruedas por una pieza completa y restos de otra hechas a mano (Sanz Mínguez 1997, 244-245, fig. 200-XVIII); la primera se recuperó en la sepultura 45, acompañada de un pequeño vaso que se apoyaría sobre la cazoleta de una de sus dos asas-soporte; una sepultura que corresponde a una mujer de entre treinta y cuarenta años y se asocia a la fase III del cementerio (Sanz Mínguez 1997, 109-111, 473-474 y 501-503, figs. 106-108 y 246, fot. XVII). Por último, un *kolytiskos*, si es este el término apropiado para la cazoleta del asa cuando no comunica con el vaso, formaba parte del ajuar de la sepultura masculina de la tumba 30 (Sanz Mínguez 1997, 81, fig. 71-L), un conjunto al que tuvimos oportunidad de referirnos asimismo con anterioridad por integrar también una copa que ha proporcionado restos de tartratos en sus residuos.

Terminaremos este comentario resaltando cómo el consumo de cerveza, de estar asociado a los *kernoi*, queda atestiguado en *Pintia* entre hombres y mujeres, aunque los primeros sean mayoría y primen entre ellos los guerreros, y cómo todo parece indicar, al menos de momento, haber comenzado con posterioridad al del vino, pues no hay evidencias de que ello ocurriera en las primeras fases del cementerio –todo lo más en el tránsito entre la II y la III, de tener en cuenta el fragmento comentado en último lugar–, en

tanto se prolongó hasta su fase última, entrada ya la época romana. Ello no deja de extrañarnos si tenemos presente que el consumo de cerveza en ceremonias y rituales varios, entre los que no faltan los funerarios, está claramente atestiguado desde el Calcolítico, tal y como han puesto de manifiesto los análisis de residuos practicados a vasos y cuencos campaniformes peninsulares de estilo Ciempozuelos (Rojo, Garrido y García 2006, 84-88 y 92-107), entre los que se cuenta un cuenco procedente de La Calzadilla (Almenara de Adaja, Valladolid), en el que dicha bebida alcohólica se mezcló –al igual que en nuestro caso el vino de la copa de la tumba 18 o el del vaso de vidrio de la 68– con miel (Delibes y Guerra 2005; Delibes y Herrán 2007, 193-199). Y no hay que olvidar, por otro lado, por más que las referencias sean tardías, que el consumo de bebidas alcohólicas elaboradas con cereales queda atestiguado entre los pueblos prerromanos de *Hispania* a través de los textos clásicos –la *caelia* y la *cerea* a que se refiere Plinio (*N.H.*, XXII, 164) o el *zythos* que menciona Estrabón (III, 3, 7)– y cómo estas eran tenidas en el mundo antiguo por bebidas bárbaras y de pobres, frente al consumo del vino, propio del mundo civilizado grecorromano, desde una postura claramente etnocéntrica (Domínguez Monedero 1995, 58-60).

NUEVAS EVIDENCIAS SOBRE EL CONSUMO DEL VINO EN EL AMBIENTE NECROPOLITANO

El análisis de nuevos residuos, recogidos en algo más de una veintena de vasos recuperados, tanto en la necrópolis de Las Ruedas como en el poblado de Las Quintanas, en las excavaciones de 2002 y 2003, ha proporcionado restos de tartratos (Juan i Tresserras y Matamala 2004). Ello ha ocurrido en tres ocasiones, tratándose siempre de piezas procedentes del cementerio citado y correspondientes a dos tumbas: la registradas con los números 75 y 84, tal y como puede verse en la Tabla II.

Se enterró en la primera de ellas, fechada en el siglo II a. C., a un varón adulto de condición guerrera, pues se acompaña de una completa panoplia, que, en esta ocasión, incorpora también un importante conjunto de arreos de caballo, evidenciando su pertenencia a la élite ecuestre; una elevada condición social sobre la que podría abundar el hecho de que se utilizara como urna cineraria un cuenco hecho a mano –aunque liso en esta ocasión, frente a los ricamente decorados a peine que ejercieron la misma función en las tumbas 28 y 32, correspondientes a guerreros de idéntico estatus–, máxime ello en un momento, la fase III del cementerio, a partir del cual predominan en dicho sentido las urnas hechas a torno, y muy particularmente las ollas toscas (Sanz

N.º muestra	Procedencia	Vaso	Indicadores	Posible interpretación
27	Las Ruedas Tumba 75	Gran copa hecha a torno (N.º Inv.: LR75I)	Tartratos	Vino o derivado
102	Las Ruedas Tumba 84	Vasito hecho a mano (N.º Inv.: LR84C)	Tartratos	Vino o derivado
105	Las Ruedas Tumba 84	Gran copa hecha a torno (N.º Inv.: LR84A)	Tartratos	Vino o derivado

Tabla II. A partir de Juan i Tresserras y Matamala, 2004.

Mínguez 1997, 292, figs. 239 y 240). Integraban el conjunto además: un cuchillo de carnicería de dorso curvo de hierro, dieciocho vasos cerámicos, de los cuales dieciseis estaban hechos a mano y tan solo dos a torno, y una rica y variada ofrenda faunística (Sanz Mínguez *et alii* 2003e; Garrido y Gallardo 2003, 289; Sanz Mínguez y Romero 2005, 42-43). De todo ello nos interesan particularmente aquí los dos vasos fabricados a torno: sendas copas de pie bajo, decoradas con motivos geométricos pintados en negro.

La primera de ellas, la de menor tamaño, responde a un tipo bien conocido en Las Ruedas, el VII6 (Sanz Mínguez 1997, 288, fig. 211), forma a la que ya hemos tenido ocasión de referirnos páginas atrás y que, como vimos, podemos asociar al consumo individual del vino, aunque el análisis de sus residuos fuera negativo en esta ocasión (Juan i Tresserras y Matamala 2004, muestra 11). Ofrece la segunda, que presidía el depósito funerario, un perfil novedoso en el cementerio –pie bajo con fuste atrofiado de un solo nudo, que da paso a un cuerpo muy abombado en su mitad inferior, el cual va estrechándose progresivamente hasta resolverse en una boca estrangulada de borde vuelto en horizontal–, asignado al tipo VII7; un ejemplar para el que se documentan paralelos en la necrópolis abulense de Las Cogotas (Cabré 1932, láms. LI-LIII), cuyo excavador ya hizo constar en su día la imposibilidad de atestiguar otros análogos en todo el ámbito peninsular y, por tanto, lo exclusivo del mismo en dicho cementerio vettón (Sanz Mínguez *et alii* 2003c, 182-183). Es precisamente del interior de esta copa de donde procede una de las muestras que ahora comentamos y que ha proporcionado restos de tartratos; este último dato, unido al gran tamaño de la pieza, es lo que nos ha llevado a contemplarla como un "crátera" o, mejor dicho, como una versión local de lo que dicha forma representó en el mundo clásico griego (Sanz Mínguez y Romero 2005, 42-43).

La segunda de las tumbas aludidas, la inventariada con el número 84, permanece inédita, razón por la cual nos permitiremos detenernos algo más en su comentario. Parcialmente altera-

da, conservaba intacta, bajo unas lajas de protección y apoyada en el perfil oeste del hoyo, una gran copa de cerámica fina hecha a torno, que contenía en su interior dos vasitos troncocónicos de fondo plano hechos a mano, y junto a ella los restos óseos del cuarto trasero derecho de un cordero lechal; completaban el conjunto una ollita tosca hecha a torno, empleada como urna funeraria según es norma habitual en el cementerio (Sanz Mínguez 1997, 292, figs. 239 y 240), tres vasos fabricados asimismo a torno, de cerámica fina y decorados con pinturas, dos cajitas realizadas y decoradas –con motivos triangulares y rectangulares excisos– a punta de navaja (Sanz Mínguez *et alii* 2007, 294-296, fig. 4), un cuchillo de hierro con cachas de hueso y una cuenta de collar de pasta vítrea azul. Una tumba, en fin, que, de momento y a la espera del pertinente análisis de los restos óseos del difunto, es difícil adscribir a un género concreto, pero que, de tener en cuenta el ajuar, cabe pensar que correspondiera muy probablemente a un varón, cuyo óbito tuvo lugar en pleno siglo II a. C.

Las piezas que aquí nos interesan por haber ofrecido restos de tartratos son la copa y uno de los vasitos recuperados en su interior, aquel que se conservaba completo. Es la primera un ejemplar de gran tamaño, al igual que la de la tumba 75 que acabamos de comentar, razón por la cual pensamos también que constituye una versión local de la crátera; difiere de aquella, sin embargo, en su perfil –cuerpo caliciforme abombado, con cuello exvasado, borde vuelto y labio redondeado, fuste apenas insinuado y reducido pie con borde vuelto–, que cabe asimilar ahora con la variante VII4 de Las Ruedas, algo más esbelta (Sanz Mínguez 1997, 287-289, fig. 211 –dónde, sin duda por error, figura como VII3–) y representada en la necrópolis por el ejemplar recuperado en la tumba 28 (Sanz Mínguez 1997, 73, fig. 66-C). Por lo que a la decoración se refiere, toda ella pintada en negro, presenta series de cinco triángulos rellenos sobre el labio; en el cuello un friso metopado en el que alternan, separados por grupos de tres líneas serpentiniformes verticales, cuadrados segmentados en triángulos, que se pintan alternativamente, y cesterías o trenzados romboidales en su versión más

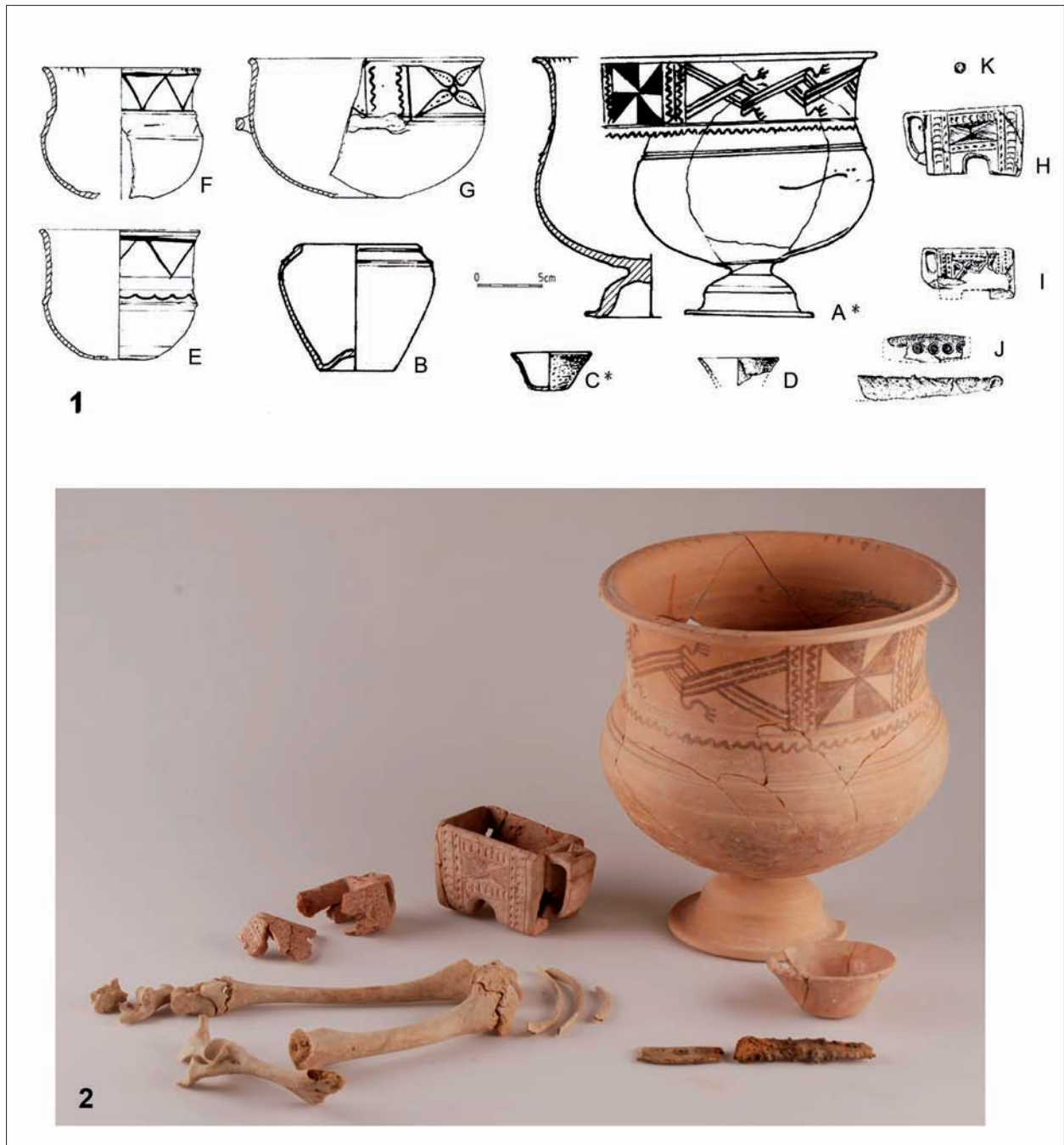


Fig. 2. 1. Ajuar y ofrendas de la tumba 84 de la necrópolis pintiana de Las Ruedas; las piezas que han dado positivo en el análisis de residuos aparecen marcadas con un asterisco. 2. Elementos relativos al banquete de la misma tumba: cratera, catino, cajitas zoomorfas, cuchillo y cuarto trasero de cordero lechal en conexión anatómica.

compleja (Sanz Mínguez 1997, 301); por último, en el hombro y entre dos baquetones, discurre una línea serpentiforme.

El vasito, una pieza troncocónica de borde exvasado y fondo plano, nos remite a la forma II1 de vasos hechos a mano de Las Ruedas, un modelo bien representado en el cementerio a lo largo de toda su vida y en todo tipo de tumbas (Sanz Mínguez 1997, 228, fig. 200) –aunque se trata aquí de una pieza de pasta decantada y

cocida en fuego oxidante, lo que posiblemente llevará en su momento a crear una nueva categoría cerámica-. Estos catinos se emplearían para escanciar el vino de la cratera –e indicativo de ello podría ser muy bien el hecho de que la pareja que contenía esta tumba se recuperara en el interior de la gran copa que, como hemos visto, tenemos por tal– para verterlo en las copas; el hecho, con todo, de que no se haya documentado en esta ocasión siquiera un ejemplar de estas últimas, aunque conviene no olvidar que la sepul-

tura se encontró alterada, pudiera ser índice igualmente de que se utilizaran también como recipientes individuales de bebida.

De darse la primera circunstancia habrían desempeñado una función análoga a la de los *simpula*, de cuya existencia en *Pintia* tenemos conocimiento a través de algunos fragmentos de mangos, tanto en cerámica (Sanz Mínguez 1997, 175, núms. 546-550, y 340-341, fig. 171-546 a 550) como en metal (Sanz Mínguez 1997, 202, núm. 844, y 410, fig. 186-844), recuperados en posición secundaria en el cementerio de Las Ruedas. Se trata de piezas bien conocidas en el alto y medio Duero durante la segunda Edad del Hierro, donde ofrecen características morfológicas personales y, en los más de los casos, se asocian a ambientes funerarios (Martín Valls 1990); de entre ellas nos interesan particularmente aquí las ocho que integraban los ajuares de otras tantas tumbas de la necrópolis de *Pallantia* (Palenzuela, Palencia). Son estos, ejemplares en cerámica o bronce, de los tipos II y III, cuya cronología se centra en el siglo I a. C.; cuatro de ellos figuraban en tumbas de guerreros, de las cuales tres contaban con ricos ajuares (Martín Valls, 1990, 147-147, 153-155 y 162, figs. 1 y 6). Al igual que nuestros catinos, seis de estos *simpula* se encontraban en el interior de un vaso cerámico —una gran copa también en el caso de la tumba 25 (Martín Valls 1990, fig. 2-4)—, y no cabe descartar que ocurriera otro tanto con los otros dos, pues las tumbas correspondientes se encontraron alteradas.

No menos interesante resulta el hecho, constatado en las tumbas 17 y 19 de dicho cementerio palentino, de que ambas contuvieran, además de sendos *simpula* de bronce del tipo II o "Palenzuela", un conjunto cerámico análogo e integrado por el vaso en cuyo interior figuraban aquellos —bitroncocónico, con carena baja coincidente con su diámetro máximo y borde horizontal—, un cuenco y un trípode con su tapadera, lo que ha dado pie a sugerir si no se trataría de un conjunto simbólico estandarizado, un servicio compuesto por el recipiente contenedor de bebida, posiblemente fermentada, el *simpulum* para escanciarla, el cuenco individual para beber y el trípode para la comida (Martín Valls 1990, 166, fig. 2-1). A la vista de todo ello, y en relación con cuanto aquí nos ocupa, cabe plantear si el primero de los recipientes mencionados —que podemos relacionar con la forma VIII, variantes 1 y 2, de Las Ruedas, donde están representadas por un único ejemplar en cada caso en las tumbas 45 y 50, respectivamente (Sanz Mínguez 1997, 289-290, figs. 107-A y 118-C)—, cumpliendo en Palenzuela la misma función que proponemos para nuestras grandes copas, no habría de contemplarse también como una variante local de la crátera.

Insistiendo en lo dicho en último lugar y acudiendo a tumbas excavadas en años recién

tes en la necrópolis pintiana, se nos antoja igualmente posible que cumpliera dicha función de crátera un vaso de capacidad, cuyo suave perfil hay que relacionar con el de los cuencos de la forma IV2 (Sanz Mínguez 1997, 284, fig. 211), pero que presenta base umbilicada con pie anular bajo y dos asas afrontadas, que, junto a otras piezas cerámicas, entre las que figuran una copa y dos jarras de pico, integraba uno de los conjuntos funerarios de la tumba doble 127 (Sanz Mínguez y Romero 2008, 9-11, figs. 4-6; sobre ellos se insiste además en otro trabajo recogido en este mismo volumen), el 127b, correspondiente a una niña de seis o siete años. La 127a, perteneciente a una mujer de unos treinta años, que hay que suponer fuera su madre, incluía también una copa, dos jarras y la copa-crátera, análoga en esta ocasión a la de la tumba 84, que venimos comentando, y a la que incompleta apareció en la 29, también de una mujer, pero de entre cuarenta y cincuenta años en este caso (Sanz Mínguez 1997, 77, fig. 69-F). Por último, no queremos sustraernos a la tentación de mencionar aquí otra gran copa que parecía presidir el ajuar y las ofrendas que integraban la tumba 122 (Sanz Mínguez y Diezhandino 2007a, 92, figs. pp. 92-93; y también en el otro trabajo aludido de este mismo volumen), un depósito en el que descansaban los restos de una joven mujer, fallecida en un momento impreciso del siglo III a. C.; se trata de un ejemplar que, aunque relacionable con las que acabamos de comentar, presenta cuerpo más globular y acoge en su cuello un elegante friso metopado de motivos geométricos pintados en negro.

Queda constancia así, una vez más, pues ya tuvimos ocasión de apuntarlo al hablar de las copas, de cómo las mujeres pintianas y aun los niños, siquiera fuera en el momento de ser enterrados y muy posiblemente en vida también en el caso de las primeras, tuvieron acceso al consumo de bebidas alcohólicas y, de tomar como referencia los resultados de los análisis procurados por los residuos extraídos de las copas-cráteras de las tumbas 75 y 84, al vino.

LA ESTANCIA DEL BANQUETE DEL POBLADO DE LAS QUINTANAS

Una tercera tanda de análisis se ha llevado a cabo hasta hoy sobre residuos recogidos en recipientes recuperados en el nivel sertoriano del poblado pintiano de Las Quintanas, en concreto en una habitación de la casa número 4 que, por el repertorio cerámico que procuró, fue bautizada con el nombre de "estancia del banquete" (Romero y Górriz 2007; Sanz Mínguez, Romero y Górriz e.p.).

Apenas si conocemos de dicha vivienda, cuya planta hay que suponer rectangular, más que parte de dos habitaciones dispuestas al

N.º muestra	Procedencia	Vaso	Residuos microscópicos / orgánicos	Posible interpretación
160	Las Quintanas, nivel sertoriano, casa n.º 4, estancia del banquete	Fuente hecha a torno (N.º Inv.: LQ/E1/1318/31)	Microcarbones / Ácidos grasos y colesterol	Grasas animales
161		Jarra hecha a torno (N.º Inv.: LQ/E1/1318/29)	Escasos agregados de gránulos de almidones, algunos con elementos de ataque enzimático característicos de la fermentación; escasos fitolitos de células cortas de gramíneas festucoideas y esqueletos silíceos de las inflorescencias (tipo <i>Triticum</i> sp); levaduras; oxalatos / Oxalatos	Residuos de una bebida fermentada a base de cereales (cerveza) elaborada con trigo
163		Taza hecha a torno (N.º Inv.: LQ/E1/1318/30)	Agregado de almidones; oxalatos / Oxalatos	Cerveza
167		Vasito caliciforme hecho a torno (N.º Inv.: LQ/E1/1318/33)	Tartratos / Tartratos	Vino (o vinagre)

Tabla III. A partir de Tresserras y Matamala, 2007.

fondo de la misma, ya que el resto de su superficie queda fuera de la trinchera de excavación; se trata de una habitación de planta cuadrangular de la que se han exhumado en torno a cuatro metros cuadrados, cuyas paredes revocadas estaban pintadas de blanco y de otro color oscuro del que se conservaban algunos trazos lineales. Repartido por el suelo de la misma, y aplastado, se exhumó un relevante conjunto de piezas cerámicas: así, por un lado y en el sector sureste, inmediato al perfil de la cata, una gran vasija de almacenamiento –que, encastrada en el suelo, presentaba en los dos tercios inferiores de su cuerpo una capa de revoque de arcilla y paja– y una taza, ambas con decoración pintada de motivos geométricos en negro, una olla de cerámica común y un vasito de perfil acampanado y superficie negra bruñida; en torno a ellos y próximos a los muros meridional y occidental de la vivienda, respectivamente, una copa de esbelto fuste y un embudo y una pequeña jarra de pico y una gran fuente con una asa de la que colgaba una anilla, decoradas con motivos pintados estas dos últimas; finalmente, en el extremo opuesto y más septentrional de la estancia, se recuperaron otros dos grandes recipientes de almacenaje, junto con una importante cantidad de trigo carbonizado, y un cuenco semiesférico decorado con motivos geométricos pintados en negro.

Un nutrido conjunto, como puede apreciarse, que, en principio, cabía asociar, en buena medida, a la conservación, trasiego y consumo de bebidas, algunas de ellas alcohólicas, e ingesta de viandas, por lo que se procedió al análisis de sus residuos. En total se analizaron, en esta ocasión, ocho muestras, de las cuales cuatro –las obtenidas en la fuente, la jarra, la taza y el vasito– ofrecieron residuos microscópicos y orgánicos. En efecto, tal y como queda recogido en la Tabla III (Juan i Tresserras y Matamala 2007), la jarra y la

taza debieron contener en su último momento una bebida fermentada y, como vienen a indicar los elementos de gramíneas de género *Triticum* identificados en la primera de ellas, elaborada con trigo, o, lo que es lo mismo, cerveza; el pequeño vasito acogió vino o vinagre; y, por último, en la fuente debió de presentarse carne, habida cuenta la identificación entre sus residuos de ácidos grasos y colesterol.

En principio, parece lógico detraer del conjunto que ahora comentamos, y en relación con cuanto nos ocupa, las dos grandes vasijas de almacenamiento localizadas en la mitad norte de la habitación, pues el trigo carbonizado recogido junto a sus restos indica que ese, y no otro, fue su contenido; asimismo, el cuenco recuperado junto a ellas, el análisis de cuyos residuos fue estéril en indicadores, razón por la cual podemos sospechar que fuera utilizado para el transporte de pequeñas cantidades del cereal conservado en las mismas.

Un comentario más detenido merecen, sin embargo, las restantes piezas enumeradas, por más que el análisis de sus residuos no haya dado positivo o no hayan sido objeto de tal. Este último es el caso del embudo, cuya finalidad, de cualquier manera, es igualmente obvia. La ausencia de indicadores en la gran vasija pudiera interpretarse en el sentido de que contuviera agua; una posibilidad sobre la que podría incidir el hecho de que buena parte de su cuerpo estuviera encastrada en el suelo y revestida de arcilla y paja, con la intención sin duda de mantener fresco su contenido. Hubiera sido de esperar que la copa hubiera ofrecido evidencias de vino, pues, como se recordará, vino amielado tuvo el ejemplar incompleto de perfil presumiblemente análogo recuperado en la tumba 18; se trata de una variante de la forma VII muy frecuente en yaci-

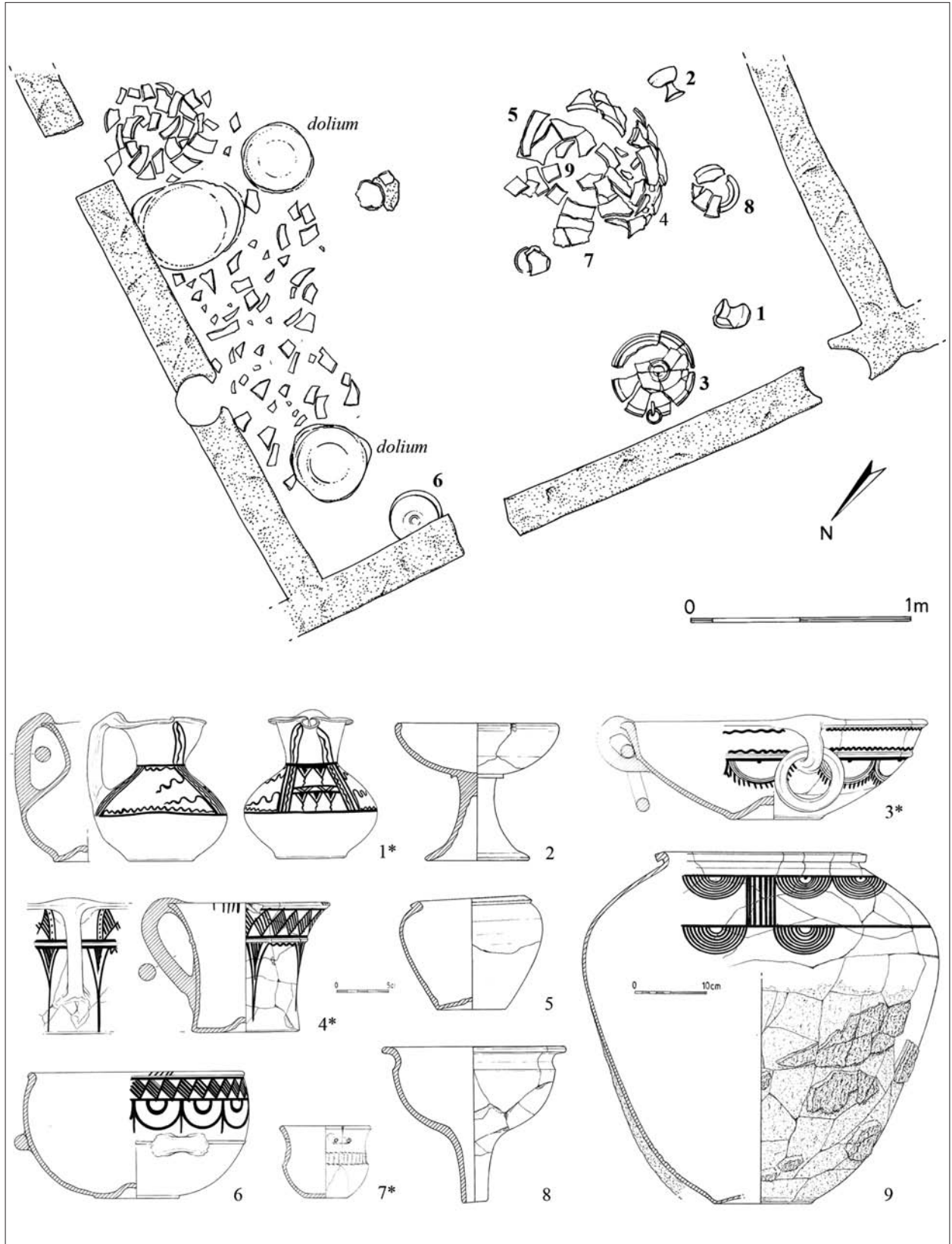


Fig. 3. *Pintia*, poblado de Las Quintanas, planta de la "estancia del banquete" recuperada en la casa número 4 del nivel sectoriano, con la ubicación de los diferentes enseres cerámicos exhumados en la misma; debajo, dibujo de las piezas, indicándose con un asterisco aquellas que han ofrecido resultados positivos en la analítica de residuos.

mientos meseteños del Segundo Hierro, cuya larga vida –sugerida por sus paralelos y algún fragmento descontextualizado de Las Ruedas (Sanz Mínguez 1997, 287-288)– viene a confirmar este hallazgo de época sertoriana. De la misma manera, y dados los restos de grasas animales identificados en la fuente, pudiera haber ocurrido otro tanto en el caso de la ollita tosca, pues parecería lógico pensar que una hubiera contenido la carne que se hubiera presentado a la mesa en la otra.

Sí ha procurado restos de vino, sin embargo, el pequeño vasito caliciforme; en principio, visto lo dicho sobre los catinos de la tumba 84 hubiera podido pensarse, máxime contando aquí con una copa, que se utilizara, al igual que aquellos, para escanciar el vino, cumpliendo la misma función que los *simpula* o los *cyathi*. Ocurre ahora, con todo, que falta la crátera –además de la vasija con la que se sirviera el vino, pues la jarra de pico, pese a lo que parecía presumible, tuvo cerveza–, por lo que podemos suponer que fuese el vaso individual para beber y sospechar, en este sentido, que constituyera un primer indicativo de la paulatina sustitución de la copas por nuevas formas para el consumo de tan preciada bebida, que, luego, como hemos visto, se tomó en cubiletes de paredes finas –tumba 56– y vasos de vidrio –tumba 68–. Corresponde al grupo de cerámicas a torno negras de decoración bruñida, de las que hasta la fecha se han publicado exclusivamente las aparecidas en el cementerio de Las Ruedas, pudiendo adscribirse a su forma III, y más concretamente a su variante carenada; dado que las mismas se habían documentado siempre en posición secundaria, su cronología se centró provisionalmente, vista su relación con otras producciones asimismo cerámicas, a mediados del siglo II a. C. (Sanz Mínguez 1997, 162, nº. 297, y 312-314, fig. 160-297), una cronología que, a la luz de este ejemplar, podemos hacer llegar a época sertoriana.

No deja de ser curioso, efectivamente, que la pequeña jarra de pico se haya denunciado como contenedora de cerveza, y además contundentemente en esta ocasión. Es cierto que, hasta ahora, no se han llevado a cabo análisis de residuos de este tipo de piezas y que, como tuvimos ocasión de comentar páginas atrás al hablar de la tumba 37, la presunción de que contuvieran vino se basaba tanto en su analogía formal con el clásico *oinochoe* como en el hecho de que ese siga siendo uno de sus usos en la actualidad. El que la taza proporcionara asimismo restos de cerveza pudiera indicar tanto que se empleó como vaso de bebida individual como colectivo; se trata, en otro orden de cosas, de una forma nueva en *Pintia*, pues únicamente se conocía un ejemplar de perfil carenado procedente de la tumba 47 (Sanz Mínguez 1997, 115, fig. 112-E) –forma IV4,

variante con asa de la IV3 (Sanz Mínguez 1997, 284-285, fig. 211)–, al que ha venido a sumarse recientemente otro, que cabe contemplar ahora como la variante con asa de la forma IV2, recuperado en la tumba 98 (Sanz Mínguez y Garrido 2007b, figs. pp. 96-97), a la que tuvimos ocasión de referirnos ya al hablar de las copas y las jarras de pico.

Deliberadamente hemos querido reservar para último lugar, por remitirnos ahora a una actividad, la del banquete, íntimamente ligada a la ingesta de bebidas alcohólicas, la mención del resultado del análisis de los residuos orgánicos de la fuente: ácidos grasos y colesterol, que, correspondientes a sebo de origen animal de mamíferos terrestres, indican que en la misma se sirvió algún tipo de producto cárnico o guiso (Tresserras y Matamala 2007). Un tipo de sedimento que se había recuperado ya en el fondo de un vaso de Las Quintanas (Juan i Tresserras y Matamala 2003, 312, muestra 5) y que queda igualmente documentado en distintos recipientes con ofrendas en el cementerio de Las Ruedas (Juan i Tresserras y Matamala 2003, 314-316, muestras 4b, 9, 30, 42 y 74).

Tres de dichas muestras fueron recogidas en otros tantos catinos hechos a mano de la forma II de Las Ruedas (Sanz Mínguez 1997, 227-230, fig. 200), dos de ellos de la variante 1 (tumbas 5 y 29: Sanz Mínguez 1997, figs. 24-C y 69-H, respectivamente) y el tercero de la 2, un modelo evolucionado, según parece, a partir del anterior (tumba 34: Sanz Mínguez 1997, fig. 83-E), que integraban los ajuares de sendas tumbas de las fases I, II y III del cementerio y se datan por tanto en los siglos IV-III a. C. (Sanz Mínguez 1997, 468-474); dos de estas sepulturas, la 29 y la 34, contenían además ofrendas faunísticas de *Gallus gallus* y *Sus domesticus*, respectivamente. Una cuarta muestra procede de una fuente o pátera de pie anular bajo hecha a torno –única representante de la forma I (Sanz Mínguez 1997, 281, fig. 211)–, en cuyo interior se encontraron un individuo casi completo de *Lepus capensis* y otro de *Gallus gallus* (Sanz Mínguez 1997, fig. 118-L); procede de la tumba 50a, que se fecha en pleno siglo II a. C. (Sanz Mínguez 1997, 474). La quinta y última se extrajo de un plato de cerámica común, sobre el que apareció la hoja de un cuchillo de hierro, que formaba parte del ajuar de la tumba 68 (Sanz Mínguez *et alii* 2003d, figs. 7, 8 y 9-A); datada en época julio-claudia, como tuvimos ocasión de comentar anteriormente, esta sepultura contenía también ofrendas faunísticas de una gallinácea y un ovinio joven.

A la vista de todo ello puede plantearse, al igual que hacíamos con las copas y otros vasos en relación con el consumo del vino, si con el tiempo no fueron cambiando también los recipientes que acogieron las ofrendas de guisos de carne en las tumbas, pasando de los pequeños vasitos tronco-

cónicos hechos a mano a las fuentes y platos torneados a partir del siglo II a. C.; algo que no es fácil de determinar, visto lo parco de los documentos con que contamos hasta el presente, sobre su posible presentación en la mesa.

Y, para terminar, algún dato más: de nuevo nos encontramos con que las sepulturas comentadas, salvo la 68, difícilmente adscribible por el momento, corresponden indistintamente a hombres—tumbas 34 y 50a, mujeres (29) e incluso niños (5)—.

CONSIDERACIONES FINALES

Recapitulando lo dicho hasta aquí, partiendo de los resultados ofrecidos por los análisis de residuos de recipientes recuperados en las excavaciones arqueológicas de la necrópolis de Las Ruedas y de lo que, por analogía, permiten suponer otros contenedores, los vacceos de *Pintia* se sirvieron para la bebida individual del vino preferentemente de copas, y por lo general de aquellas de alto fuste y cuerpo caliciforme. Ya en época altoimperial, sin embargo, constatamos cómo dichos recipientes parecen haber sido sustituidos por otros de vidrio, tal y como vendría a indicar el cuenco de la tumba 68; un cambio que pudo empezar a operarse a lo largo del siglo I a. C. cuando, como cabe apreciar en la estancia del banquete, identificada en el nivel sertoriano del poblado de Las Quintanas, el vino debió beberse en un vasito caliciforme, todavía cerámico. Intuimos que se serviría con las jarras de pico, aunque, como hemos tenido ocasión de comentar, el análisis de los residuos de la recuperada en la mencionada estancia del banquete, único hasta la fecha llevado a cabo a partir de esta forma, proporcionó, curiosamente, restos de cerveza, lo que nos lleva a pensar que sirvieron igualmente para verter otros líquidos. Los pequeños vasitos troncocónicos o catinos de pastas anaranjadas hechos a mano, que comparecen asociados a esos recipientes a los que hemos venido denominando cráteras, cumplirían la función de los *simpula*, atestiguados asimismo en Las Ruedas a partir de fragmentos de ejemplares tanto cerámicos como metálicos. Por último, el vino se contendría en grandes copas y aún en otros recipientes de cierta capacidad, tal y como puede desprenderse del hallazgo en dos tumbas de la necrópolis, asimismo vaccea, de Palenzuela de presuntos servicios de comida y bebida y proponemos en relación con el vaso con asas recuperado en la tumba 127b de Las Ruedas.

No es posible hablar, hoy por hoy, sin embargo, de juegos estandarizados de bebida y si con alguna frecuencia nos servimos para designar ciertos vasos de los nombres de otros griegos—crátera, *oinochos*— que intervenían en el *simposio* no es sino para precisar su función; es más, todo parece indicar, por el contrario, que los distintos recipientes fueron versátiles en su uso y que, todo lo más, cabe apreciar una cierta recu-

rrencia en el otorgado a ciertas formas en sus diferentes variantes.

Es difícil, al igual que ocurre en relación con otros pueblos europeos y peninsulares (Domínguez Monedero 1995), establecer paralelos, tanto en lo que se refiere al aspecto social como, tal queda dicho, en lo que tiene que ver con la vajilla empleada con ese fin, entre las maneras utilizadas por vacceos y griegos a la hora de consumir el vino.

En este sentido y respecto al último punto señalado, por más que quepa pensar que los vacceos de *Pintia* tuvieran conocimiento de los recipientes indicados para el adecuado consumo del vino, presumiblemente a través de los iberos—quienes de por sí ya adoptaron, en este sentido, un modelo "selectivo" en relación con los griegos (Domínguez Monedero 1995, 61-62)—, no alcanzaron a tener vasos áticos—baste recordar que tan sólo se ha recuperado hasta la fecha un fragmento de cerámica ática de barniz negro en *Pintia* (Sanz Mínguez y Campano 1987)— y, lógicamente, tampoco llegaron a imitarlos como aquellos. Por el contrario, como excelentes alfareros que eran—las excavaciones de Las Ruedas no dejan de sorprendernos año tras año acerca de la maestría y originalidad de los ceramistas pintianos—, supieron crear vasijas que, como queda dicho sobre las grandes copas, tenemos por remedo de las cráteras.

De atenernos, en otro orden de cosas, a la manera en que los vacceos de *Pintia* bebieron el vino, y de tener presentes los textos clásicos, hemos de pensar que lo bebieron puro, es decir, sin agua. Nos consta, eso sí, que, en fecha temprana—primera mitad del siglo IV a. C.— se sirvió mezclado con miel en la copa de la tumba 18 y que en el referido cuenco de vidrio de la tumba 68, cuatro siglos más tarde, contenía también, además, elementos aromáticos.

Si atendemos ahora al segundo de los puntos antedichos, el relativo al aspecto social del consumo del vino, habremos de reconocer, en primer lugar, que nuestra información es por ahora muy parcial, pues se refiere fundamentalmente al ámbito funerario. El hecho de que la vajilla vinculada a su ingesta comparezca en los ajueres funerarios ha llevado a sugerir para el caso ibérico un consumo más bien individual que colectivo (Domínguez Monedero 1995, 61); una apreciación que podría deducirse igualmente, aunque no necesariamente, del hecho de que en la estancia del banquete de Las Quintanas el repertorio de recipientes recuperado incluya únicamente una pieza de cada tipo. Sea como fuere, y al menos por el momento, no parece que pueda negarse que el vino debió de desempeñar una importante función, como elemento de vertebración social, con ocasión de los funerales.

Un momento en el que debieron de desempeñar asimismo un destacado papel los ritos

de consumo de carne, a juzgar por los importantes, y en ocasiones variados, conjuntos óseos faunísticos que, como también hemos tenido ocasión de comentar, quedan atestiguados en las tumbas y por más que no podamos aseverar si se trata de ofrendas viáticas para el difunto o testimonio del banquete funerario de los vivos (Sanz Mínguez 1997, 483-486). Un rito, en cualquier caso, con el que hay que asociar también otros elementos aparecidos, aunque no en gran número, en las tumbas, caso de los cuchillos (Sanz Mínguez 1997, 420-421) y aquellas piezas relacionadas con el fuego, como parrillas, pinzas o tenazas que, miniaturizadas, muestran aquí su carácter simbólico (Sanz Mínguez 1997, 416-419). De inclinarnos por la primera de las alternativas antes planteadas habría que suponer que se ofrendaran al difunto piezas de carne –y quizá hubiera que sospechar algo así en relación con la mencionada tumba 128, en la que se recuperó un considerable número de escáfulas o paletillas de cordero–, aunque el cocinado de las viandas queda atesiguado por la detección de grasas animales en los residuos de algunos recipientes (Juan i Tresserras y Matamala 2003, 319). Por otro lado, esas porciones de guiso y los elementos metálicos de hierro a que acabamos de referirnos pudieran remitirnos a cuanto tiene lugar en torno a la tumba entre los deudos y a las posibles formas de elaboración de la carne para el banquete fúnebre; así, si por un lado las parrillas sugieren su asado, la ausencia de *obeloi* –a no ser que de tal se trate una especie de pequeño estoque, también de hierro, recuperado en la tumba 30 (Sanz Mínguez 1997, 83 y 416, fig. 73-AE)– obliga a mostrar una cierta prudencia en dicho sentido; pinzas y tenazas, por su parte, llevan a pensar en su cocinado.

Todavía en relación con los aspectos sociales del consumo del vino, es preciso tener en cuenta otra cuestión: quiénes tuvieron acceso al mismo. En principio, parece claro que los hombres y, en concreto, los de condición guerrera; y si ello pudiera indicar, de inicio, que nos sitúa ya ante un grupo de élite, una ojeada a ciertas tumbas obliga a ser prudentes al respecto. No parece haber duda de ello si nos atenemos a cuanto pone de relieve la sepultura 75, correspondiente a un *eques*, pero la situación es bien diferente cuando nos enfrentamos a los esculpidos ajuares guerreros de quienes fueron enterrados en las tumbas 18 o 34, también comentadas a lo largo de páginas anteriores; ello pudiera dar a entender que todos tuvieron acceso al preciado alcohol, pero quizá mejor que quienes disponían de él lo hacían llegar a individuos de rango inferior con los que estaban ligados por vínculos sociales de dependencia.

Por otro lado, también hemos tenido ocasión de comprobar cómo las mujeres, pretendida-

mente esposas de los anteriores –recuérdese, por ejemplo, la tumba doble número 30, en la que la copa con restos de tartratos pertenecía al ajuar de la mujer–, y los niños, que hay que suponer sus hijos, máxime cuando en ocasiones se enterran al tiempo junto a uno de sus progenitores, se acompañaron de vajillas que invitan a suponer, aun en el caso de no quedar por ahora contrastado en estos últimos, que contuvieron vino (Romero, Sanz Mínguez y Górriz, e.p.). Es más, a juzgar por la riqueza de las ofrendas depositadas en las tumbas infantiles –en la 127 las de la niña doblaban en número a las de su supuesta madre–, todo inclina a pensar que los niños tenían reconocido el rango y estatus social de sus padres (Sanz Mínguez y Diezhandino 2007b). Todo lo cual, en definitiva, viene a contravenir, como queda dicho con anterioridad, el trinomio copas, vino y guerreros, propuesto inicialmente (Sanz Mínguez *et alii* 2003c, 158).

Y aún antes de finalizar quisieramos plantear una cuestión nada baladí. Independientemente de que el vino pudiera haber sido introducido en el Duero Medio, desde el mediodía peninsular y siguiendo la Vía de la Plata, al igual que otros varios productos a lo largo de la primera Edad del Hierro (Romero y Ramírez 1996), hemos de preguntarnos a partir de qué momento empezó a producirse en el territorio. Habitualmente se ha venido manteniendo una introducción tardía, basándose fundamentalmente en los testimonios de los escritores antiguos, en particular en pasajes como el de Apiano (*Iber.*, 54) sobre el cerco de *Intercatia* el año 151 a. C., así como en la falta de evidencias arqueológicas. El reciente hallazgo de pepitas de uva en *Cauca* (Coca, Segovia), aún con todas las reservas (Blanco e.p.), no puede por menos que sugerir el probable cultivo de la vid en territorio vacceo en el siglo II a. C., máxime si tenemos en cuenta el reciente hallazgo de un lagar en Segeda I (Poyo de Mara, Zaragoza), fechado en un momento anterior, no muy preciso, al 153 a. C. (Burillo 2006 pp. 226-228 y e.p.); es más, los datos que hemos venido manejando a lo largo de estas páginas abundan en que su consumo debió de estar consolidado por esas mismas fechas, al tiempo que indican que era más frecuente de lo que cabe extraer de los textos clásicos (Domínguez Monedero 1987 y 1995, pp. 50-56) y que se consumía ya desde prácticamente los inicios mismos de la vida del *oppidum* de *Pintia*. Yendo aún más lejos, nos atrevemos a plantear la posibilidad de que no sólo en dichas fechas, sino antes aún, la viticultura hubiera arraigado en estas tierras del interior meseteño. Sabemos que a los caldos mediterráneos importados no tardaron en seguir los producidos en la península, primero en factorías fenicias como el Castillo de Doña Blanca (Puerto de Santa María, Cádiz),

hacia el 700-650 a. C. (Ruiz Mata 1995, 171), y, poco después, en localidades indígenas, como Alt de Banimaquía (Denia, Alicante), a finales del siglo VII a. C. (Gómez Bellard y Guerín 1995), y posiblemente en La Quéjola (San Pedro, Albacete), un siglo después (Blánquez Pérez 1993), ampliándose ya en el siglo V a. C. el número de estaciones que, en el ámbito ibérico, atestiguan la producción, almacenaje y comercio del vino (Pérez Jordá 2000). Es lógico pensar que, aún a comienzos de la segunda Edad del Hierro, los vinos que alcanzaron nuestro territorio procedieran ahora del mundo ibérico, pero ¿por qué esperar varios siglos a que la viticultura y la vinificación se implantaran aquí? Los testimonios de Segeda y *Cauca* se nos antojan así tremendamente elocuentes y nada impide pensar, puestos a ser arriesgados, que la ausencia en el pasado de las técnicas y metodología arqueológica de que nos servimos actualmente nos haya sustraído una información tan valiosa como la que hoy comenzamos a disfrutar.

Un ejemplo, relacionado con otro tipo de elementos de más fácil seguimiento arqueológico, puede ayudar a comprender la línea de nuestro razonamiento. Hasta no hace tanto la introducción del torno y las cerámicas cocidas en fuego oxidante y decoradas con pinturas eran tenidas en la Meseta como resultado de un proceso de "celtiberización" que, desde las tierras sorianas del Sistema Ibérico, habrían tardado varios siglos en alcanzar el occidente meseteño (Martín Valls y Esparza 1992); hoy sabemos que en el centro de la cuenca sedimentaria las primeras cerámicas a torno –como evidencian los yacimientos de La Mota (Medina del Campo, Valladolid) y Cuéllar (Segovia)– llegaron desde el mundo ibérico y que

ello tuvo lugar en fecha tan temprana como el siglo VI a. C. (Delibes *et alii* 1995, 69), dando pie a las fabricadas localmente de seguido (Delibes *et alii* 1995, 94-95; Sanz Mínguez 1997, 505-512). De la misma manera cabría recordar, amparándonos en una reciente publicación, elocuentemente titulada *Ecos del Mediterráneo*, cómo la Meseta no estuvo tan aislada, pues quedan en evidencia a lo largo de la misma las relaciones entre el mundo ibérico y el vettón durante el Segundo Hierro (Barril y Galán 2007).

Visto todo ello y volviendo a lo apuntado líneas arriba ¿por qué no pensar que junto a esas primeras cerámicas a torno alcanzaran la Meseta Norte, además de los posibles vinos ibéricos, las noticias sobre su producción y elaboración? ¿y por qué no también que no tardando mucho llegarán las primeras vides, iniciándose con ello su cultivo y la producción de vino? Estamos hablando de una fecha de en torno a finales del siglo V o, mejor, de inicios del IV a. C., –y por tanto de casi dos siglos más tarde de la que muestran esas prístinas importaciones cerámicas–, momento en el que, a juzgar por la información que ofrece *Pintia*, comienza a configurarse la idea de lo que posteriormente serán los *oppida* vacceos. Hay que pensar que en dicho proceso jugaron un importante papel las élites del Soto final y qué mejor ocasión para ver en el control del cultivo de la vid y posterior vinificación de sus frutos, por parte de las mismas, la oportunidad de controlar un nuevo producto y propiciar a partir del mismo las relaciones sociales en la comunidad.

Quede lo dicho, aunque, insistimos, a título de propuesta quizá un tanto arriesgada, como reto a confirmar a partir de futuras excavaciones en *Pintia**.

BIBLIOGRAFIA

Actes, 1987, *El Vi a l'antiguitat: economia, producció i comerç al Mediterrani occidental*, I Col·loqui d'Arqueologia Romana (Badalona, 1985), Monografies Badalonines, 9, Badalona.

Actes, 1998, *El Vi a l'antiguitat: economia, producció i comerç al Mediterrani occidental*, II Col·loqui Internacional d'Arqueologia Romana (Badalona, 1998), Monografies Badalonines, 14, Badalona.

Barril Vicente, M. y Galán Domingo, E. (Eds.), 2007, *Ecos del Mediterráneo. El mundo ibérico y la cultura vettona*, Catálogo de la Exposición (Avila, 2007), Avila.

Blanco García, J.F., e.p., "Los inicios del consumo de uva y ¿del cultivo de la vid? en Cauca vac-

cea", en C. Sanz Mínguez y F. Romero Carnicero (Eds.), *El vino y el banquete en la Europa prerromana*.

Blánquez Pérez, J., 1993, "El poblado ibérico de La Quéjola", en *Homenaje a D. Raúl Amitrano, Pátina*, 6, pp. 99-108.

Burillo Mozota, F., 2006, "La ciudad estado de Segeda I", en F. Burillo Mozota (Ed.), *Segeda y su contexto histórico. Entre Catón y Nobilior*

* El desarrollo de la línea de investigación que, dentro del Proyecto Pintia, se orienta a la Arqueología del Vino ha sido posible, entre otros factores, merced al convenio firmado por la Universidad de Valladolid y Bodegas y Viñedos Carraovejas que, entre 2005 y 2008, permitió disfrutar de una beca, a tal fin, a uno de nosotros (C.G.G.).

- (195 al 153 a. C.), en *Homenaje a Antonio Beltrán Martínez*, Estudios Celtibéricos, 2, Zaragoza, pp. 203-240.
- Burillo Mozota, F., e.p., "El origen del vino en el valle medio del Ebro", en C. Sanz y F. Romero (eds.), *El vino y el banquete en la Europa prerromana*.
- Cabré Aguiló, J., 1932, *Excavaciones en Las Cogotas, Cardeñosa (Ávila). II. La Necrópoli*, Memorias de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, 120, Madrid.
- Celestino Pérez, S. (ed.), 1995, *Arqueología del vino: los orígenes del vino en occidente*, I Simposio de Arqueología del Vino (Jerez de la Frontera, 1994), Consejo Regulador de las Denominaciones de Origen Jerez-Xérès-Sherry y Manzanilla-Sanlúcar de Barrameda, Jerez de la Frontera.
- Celestino Pérez, S. (ed.), 1999, *El Vino en la Antigüedad Romana*, II Simposio de Arqueología del Vino (Jerez de la Frontera, 1996), Serie Varia, 4, Madrid.
- Centeno Cea, I.; Sanz Mínguez C.; Velasco Vázquez, J. y Garrido Blázquez, A.I., 2003, "Aproximación al urbanismo vacceo-romano de *Pintia*", en C. Sanz Mínguez y J. Velasco Vázquez (Eds.), pp. 69-98.
- Delibes de Castro, G. y Guerra Doce, E., 2005, "La Calzadilla (Almenara de Adaja, Valladolid)", en M.A. Rojo Guerra, R. Garrido Pena y I. García Martínez de Lagrán (Coords.), *El Campaniforme en la Península Ibérica y su contexto europeo*, Arte y Arqueología, 21, Valladolid, pp. 546-550.
- Delibes de Castro, G. y Herrán Martínez, J. I., 2007, *La Prehistoria*, Biblioteca Básica de Valladolid, I, Valladolid.
- Delibes de Castro, G.; Romero Carnicero, F.; Sanz Mínguez, C.; Escudero Navarro, Z. y San Miguel Maté, L.C., "Panorama arqueológico de la Edad del Hierro en el Duero medio", en G. Delibes de Castro, F. Romero Carnicero y A. Morales Muñiz (eds.), *Arqueología y medio ambiente. El primer milenio a. C. en el Duero Medio*, Valladolid, pp. 49-146.
- Domínguez Monedero, A. J., 1987, "El vino y los pueblos del norte de la Península Ibérica: aproximación histórico-arqueológica", en *Actes*, pp. 376-382.
- Domínguez Monedero, A. J., 1995, "Del simposio griego a los bárbaros bebedores: el vino en Iberia y su imagen en los autores antiguos", en S. Celestino Pérez (ed.), pp. 21-72.
- Garrido Blázquez, A.I. y Gallardo Miguel, M.A., 2003, "Catálogo", en C. Sanz Mínguez y J. Velasco Vázquez (eds.), pp. 279-295.
- Gómez Bellard, C. y Guerin, P., 1995, "Los lagares de Alt de Benimaquía (Denia): en los inicios del vino ibérico", en S. Celestino Pérez (ed.), pp. 241-270.
- Guerra Doce, E., 2006, *Las drogas en la Prehistoria. Evidencias arqueológicas del consumo de sustancias psicoactivas en Europa*, Barcelona.
- Juan i Tresserras, J. y Matamala, J.C., 2003, "Análisis de adobe, pigmentos, contenidos de recipientes, instrumental textil, material lítico de molienda y cálculo dental humano procedentes del yacimiento de *Pintia*", en C. Sanz Mínguez y J. Velasco Vázquez (eds.), pp. 311-322.
- Juan i Tresserras, J. y Matamala Mellin, J. C., 2004, *Pintia. Poblado vacceo de Las Quintanas y necrópolis de Las Ruedas (Padilla de Duero, Valladolid). Estudio de residuos en recipientes cerámicos*, informe inédito.
- Maldonado Rosso, J. (ed.), 2001, *Actas del I Simposio de la Asociación Internacional de Historia y Civilización de la Vid y el Vino* (El Puerto de Santa María, 2000), El Puerto de Santa María.
- Maldonado Rosso, J. y Ramos Santana, A. (eds.), 2000, *Actas del I Encuentro de Historiadores de la Vitivinicultura Española* (Puerto de Santa María, 1998), Encuentros de Primavera en El Puerto, 2, El Puerto de Santa María.
- Martín Valls, R., 1990, "Los "simpula" celtibéricos", *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, LVI, pp. 144-169.
- Martín Valls, R. y Esparza Arroyo, A., 1992, "Génesis y evolución de la Cultura Celtibérica", en M. Almagro-Gorbea y G. Ruiz Zapatero (eds.), *Paleoetnología de la Península Ibérica*, Actas de la Reunión (Madrid, 1989), *Complutum*, 2-3, pp. 259-279.
- Pérez Jordá, G., 2000, "La conservación y la transformación de los productos agrícolas en el mundo ibérico", C. Mata Pareño y G. Pérez Jordá (Eds.), *Ibers. Agricultors, artesans i comerciants*, III Reunió sobre Economia en el Món Ibèric (Valencia, 1999), *Saguntum Extra*, 3, Valencia, pp. 47-68.
- Reverte Coma, J.M., 1997, "Análisis antropológico de las cremaciones de Las Ruedas", en C. Sanz Mínguez, pp. 532-541.

- Rojó Guerra, M. A.; Garrido Pena, R. y García Martínez de Lagrán, I., 2006, *Un brindis con el pasado. La cerveza hace 4500 años en la Península Ibérica*, Arte y Arqueología, 22, Valladolid.
- Romero Carnicero, F. y Górriz Gañán, C., 2007, "Banquete y consumo del vino entre los vacceos", en C. Sanz Mínguez y F. Romero Carnicero (eds.), pp. 111-114.
- Romero Carnicero, F. y Ramírez Ramírez, M.L., 1996, "La cultura del Soto. Reflexiones sobre los contactos entre el Duero Medio y las tierras del sur peninsular durante la primera Edad del Hierro", en M. A. Querol y T. Chapa (eds.), *Homenaje al Profesor Manuel Fernández-Miranda*, Complutum Extra 6 (1), Madrid, pp. 313-326.
- Romero Carnicero, F.; Sanz Mínguez C. y Górriz Gañán, C., e.p., "El vino entre las élites vacceas: de los más antiguos testimonios a la consolidación de su consumo", en C. Sanz Mínguez y F. Romero Carnicero (eds.), *El vino y el banquete en la Europa prerromana*.
- Ruiz Mata, D., 1995, "El vino en época prerromana en Andalucía occidental", en S. Celestino Pérez (ed.), pp. 148-212.
- Sanz Mínguez C., 1993, "Uso del espacio en la necrópolis celtibérica de Las Ruedas, Padilla de Duero (Valladolid): cuatro tumbas para la definición de una estratigrafía horizontal", en F. Romero Carnicero, C. Sanz Mínguez y Z. Escudero Navarro (eds.), *Arqueología Vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la cuenca media del Duero*, Valladolid, pp. 371-396.
- Sanz Mínguez C., 1997, *Los Vacceos: cultura y ritos funerarios de un pueblo prerromano del valle medio del Duero. La necrópolis de Las Ruedas, Padilla de Duero (Valladolid)*, Arqueología en Castilla y León, Memorias, 6, Valladolid.
- Sanz Mínguez C., 2002, "Ajuar de Tumba Altoimperial. Necrópolis de Las Ruedas, Pintia (Padilla de Duero). Siglo I d. C.", en A. Moreno López (Ed.), *Tradición y futuro. La Universidad de Valladolid a través de nueve siglos*, Catálogo de la Exposición (Valladolid, 2002), Valladolid, pp. 141-142.
- Sanz Mínguez C. y Campano Lorenzo, A., 1987, "Hallazgo de cerámica ática en el Valle Medio del Duero", *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, LIII, pp. 178-180.
- Sanz Mínguez C. y Diezhandino Couceiro, E., 2007a, "Tumba 122: una posible mujer joven, de alta condición social", en C. Sanz Mínguez y F. Romero Carnicero (eds.), pp. 91-94.
- Sanz Mínguez C. y Diezhandino Couceiro, E., 2007b, "Tumba 90: una muerte demasiado prematura", en C. Sanz Mínguez y F. Romero Carnicero (eds.), pp. 99-102.
- Sanz Mínguez C. y Garrido Blázquez, A.I., 2007a, "Tumba 107, un digno representante de la *iuventus vaccea*", en C. Sanz Mínguez y F. Romero Carnicero (eds.), pp. 87-90.
- Sanz Mínguez C. y Garrido Blázquez, A.I., 2007b, "Tumba 98: mujer de entre 20 y 40 años con neonato", en C. Sanz Mínguez y F. Romero Carnicero (eds.), pp. 95-98.
- Sanz Mínguez C. y Romero Carnicero, F., 2005, *Pintia cotidiana y simbólica*, Centro de Estudios Vacceos "Federico Wattenberg", Valladolid.
- Sanz Mínguez C. y Romero Carnicero, F. (eds.), 2007, *En los extremos de la Región Vaccea*, Catálogo de la Exposición (Cea, León, y Padilla de Duero, Valladolid, 2007), León.
- Sanz Mínguez C. y Romero Carnicero, F., 2007, "Pintia, un oppidum en el extremo oriental de la Región Vaccea", en C. Sanz Mínguez y F. Romero Carnicero (eds.), pp. 59-76.
- Sanz Mínguez C. y Romero Carnicero, F., 2008, "Necrópolis de Las Ruedas. Campaña XVIII (2007) de excavaciones arqueológicas en Pintia (Padilla de Duero/Peñafoel)", en *Vaccea Anuario 2007*, Universidad de Valladolid, Centro de Estudios Vacceos "Federico Wattenberg", Valladolid, pp. 6-12.
- Sanz Mínguez C. y Velasco Vázquez, J. (Eds.), 2003, *Pintia un oppidum en los confines orientales de la región vaccea. Investigaciones Arqueológicas Vacceas, Romanas y Visigodas (1999-2003)*, Catálogo de la Exposición (Valladolid, 2003), Valladolid.
- Sanz Mínguez C.; Gómez Pérez, A. y Arranz Mínguez, J.A., 1993, "La necrópolis vaccea de Carralaceña, un nuevo conjunto funerario del complejo arqueológico Padilla-Pesquera de Duero (Valladolid)", *Numantia, Arqueología en Castilla y León 1989/1990*, 4, pp. 129-147.
- Sanz Mínguez C.; Romero Carnicero, F. y Górriz Gañán, C., e.p., "Espacios domésticos y áreas funcionales en los niveles sertorianos de la ciudad vacceo-romana de Pintia (Padilla de Duero/Peñafoel, Valladolid)", *L'espai domèstic i l'organització de la societat a la protohistòria de la Mediterrània occidental (Ier mil·lenni aC)*, IV Reunió Internacional d'Arqueologia de Calafell (Calafell-Tarragona, 2007).

- Sanz, C.; Velasco, J. y Garrido, A.I., 2007, "*Pintia*: un singular combate por el patrimonio arqueológico", en F. Burillo Mozota (Ed.), *Gestión y desarrollo*, V Simposio sobre Celtíberos (Daroca, Zaragoza, 2000), *Estudios Celtibéricos*, 3, Zaragoza, pp. 155-179.
- Sanz Mínguez C.; Velasco Vázquez, J.; Centeno Cea, I.; Gallardo Miguel, M. A. y Garrido Blázquez, A. I., 2003a, "El Centro de Estudios Vacceos "Federico Wattenberg" y el Proyecto *Pintia*. Bases para la protección, investigación y divulgación del patrimonio cultural vacceo", en C. Sanz Mínguez y J. Velasco Vázquez (eds.), pp. 251-278.
- Sanz Mínguez C.; Velasco Vázquez, J.; Centeno Cea, I.; Gallardo Miguel, M.A. y Olmo Martín, J. del, 2003b, "*Pintia*: nacimiento y desarrollo de un *oppidum* vacceo-romano", en C. Sanz Mínguez y J. Velasco Vázquez (eds.), pp. 45-65.
- Sanz Mínguez C.; Velasco Vázquez, J.; Centeno Cea, I.; Juan i Tresserras, J. y Matamala, J. C., 2003c, "Escatología vaccea: nuevos datos para su comprensión a través de la analítica de residuos", en C. Sanz Mínguez y J. Velasco Vázquez (eds.), pp. 145-171.
- Sanz Mínguez C.; Marco Simón, F.; Beltrán Lloris, F.; Catalán Garrido, J.; Velasco Vázquez, J. y Centeno Cea, I., 2003d, "Las Ruedas de *Pintia*: nuevos datos para la contextualización de las estelas funerarias discoides", en C. Sanz Mínguez y J. Velasco Vázquez (eds.), pp. 197-220.
- Sanz Mínguez C.; Gallardo Miguel, M.A.; Velasco Vázquez, J. y Centeno Cea, I., 2003e, "La tumba 75 de Las Ruedas, primer testimonio arqueológico de la elite ecuestre vaccea", en C. Sanz Mínguez y J. Velasco Vázquez (eds.), pp. 173-196.
- Sanz Mínguez C.; Marco Simón, F.; Beltrán Lloris, F. y Velasco Vázquez, J., 2006, "Nuevos datos para la contextualización de las estelas funerarias discoides en *Pintia* (Padilla de Duero, Valladolid)", en *Actas do VIII Congresso Internacional de Estelas Funerárias* (Lisboa, 2005), *O Arqueólogo Português*, Suplemento 3, Lisboa, pp. 63-91.
- Sanz Mínguez C.; Romero Carnicero, F.; Garrido Blázquez, A.I.; San Gregorio Hernández, D.; Román Merino, A.; García García, E.; Górriz Gañán, C.; Diezhandino Couceiro, E. y García Mínguez, M.L., 2007, "Técnicas de producción alfarera vaccea contrastadas a través de la arqueología experimental", en M.L. Ramos Sáinz, J.E. González Urquijo y J. Baena Preysler (Eds.), *Arqueología experimental en la Península Ibérica: investigación, didáctica y patrimonio*, Santander, pp. 291-297.
- Tresserras Juan, J. y Matamala Mellin, J. C., 2007, Ciudad vacceo-romana de *Pintia*. Análisis de contenidos de recipientes del poblado de Las Quintanas (Padilla de Duero-Peñañiel, Valladolid), informe inédito.
- Velasco Vázquez, J.; Sanz Mínguez C. y Centeno Cea, I., 2003. "La necrópolis tardo-antigua e hispanovisigoda de Las Quintanas", en C. Sanz Mínguez y J. Velasco Vázquez (eds.), pp. 221-247.
- Wattenberg, F., 1963, *Las cerámicas indígenas de Numancia*, Bibliotheca Praehistorica Hispana, IV, Madrid.